

EL CORREO DE ULTRAMAR

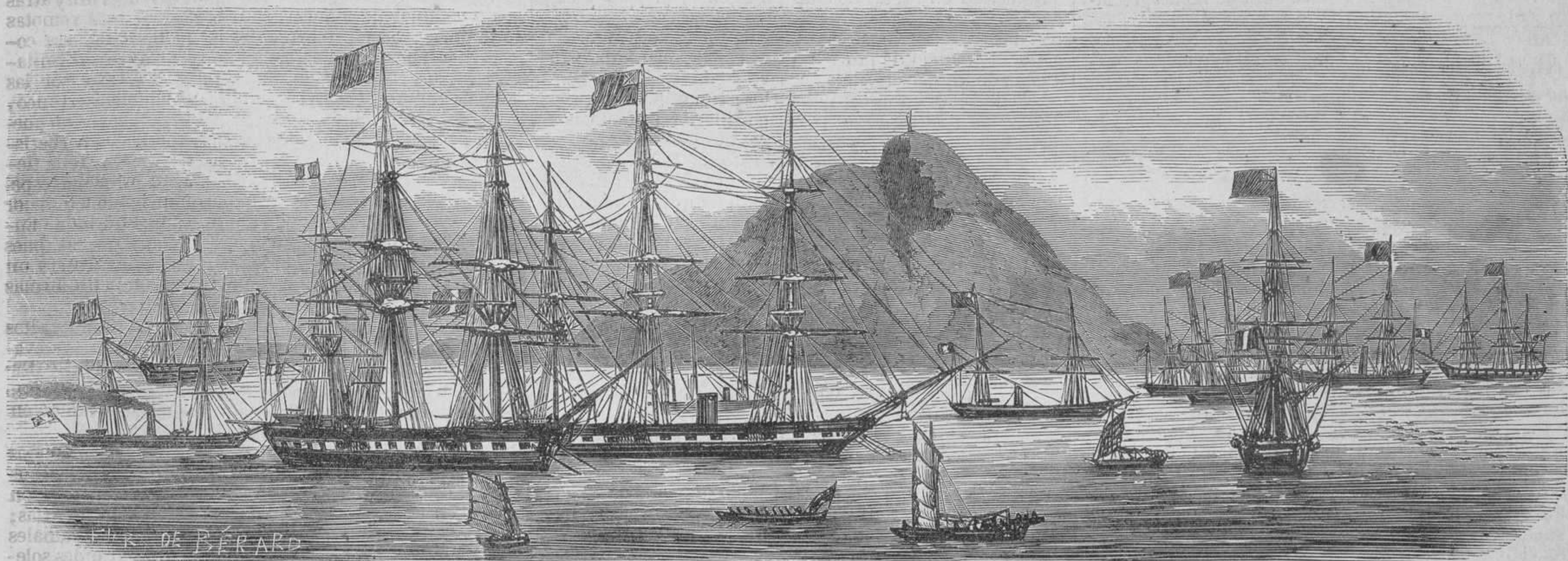
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



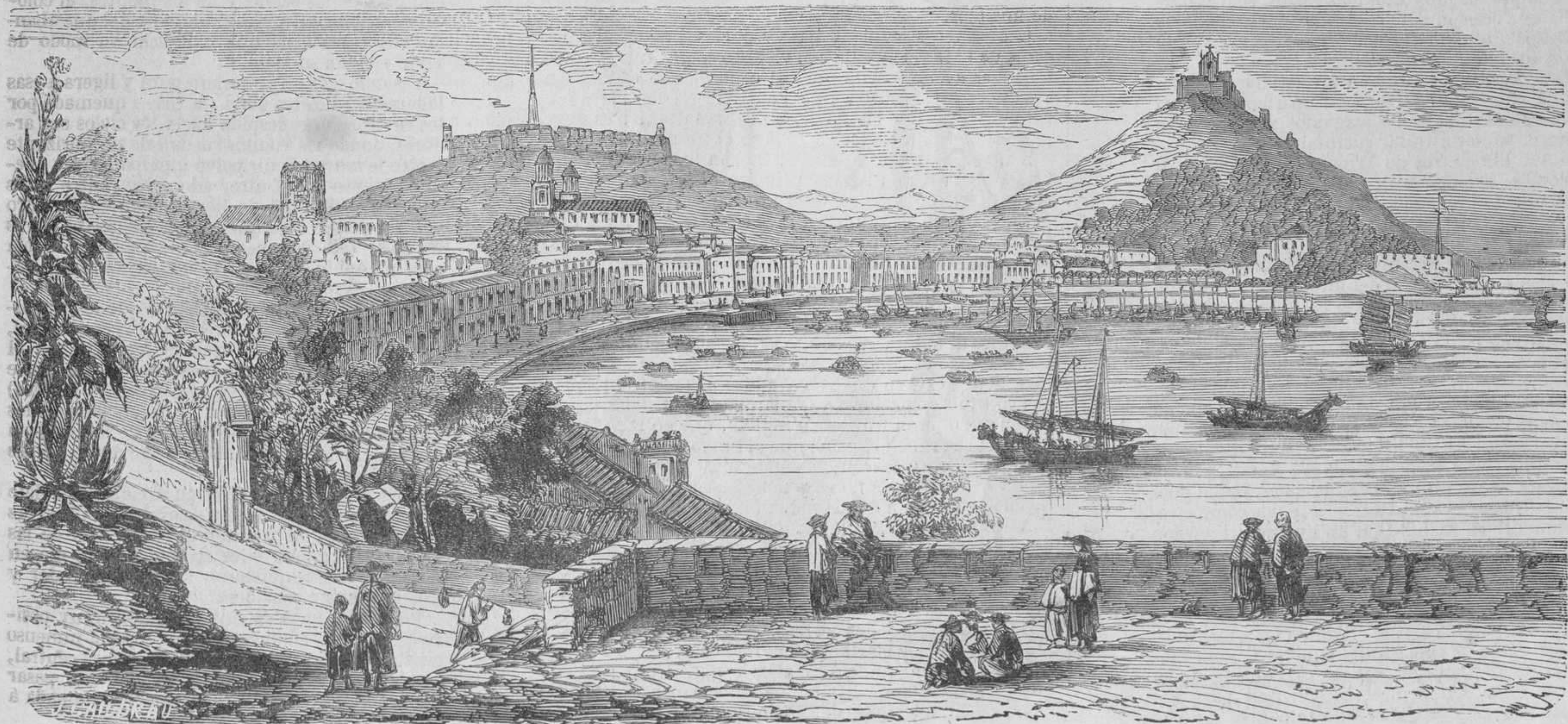
1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 17. — N° 269.



Fondeadero de la division francesa en Boca Tigris, el 11 de diciembre de 1857.



Vista general de Macao.

SUMARIO.

Fondadero de la division francesa en Boca Tigris; grabado. — Vista general de Macao; grabado. — Revista española. — Revista de Paris; grabados. — El puente del Rhin; grabado. — Carlos el de Lavapies. — El proceso de Jesucristo. — Funerales de S. M. la reina de Uda; grabados. — Redencion. — Vaucluse; grabados. — El rey y el hombre. — Una borrasca en Bona; grabado. — El yacht real «el Grillon»; grabado.

Revista Española.

Año nuevo.—Oda inédita.—Manolitos y Manolitas.—La venida de los Magos.—Los estrechos.—San Anton.—Bailes, lluvias y heladas.—Funciones reales.—Salida de S. M. á Atocha.—Iluminaciones y limosnas.—Teatros.—Mala suerte de algunos.—La Guy Stephan.—*Novelle troupe française*.—Reparticion de premios en la Biblioteca nacional.—Belenes.—Inauguracion de un ferro-carril.—Baile en palacio.—Apertura de Cortes.—Rifa para socorro de los pobres.

Ya estamos en otro año: ya el de 1857 acabó la coleccion de gracias que traia en sus alforjas, ó sea en sus doce meses, para divertir á los mortales; pero á b en que si diciembre es fecundo en festividades, no lo es menos el frio y bailarín enero. Y yo, que por todas partes busco asuntos para llenar las columnas de mis revistas, he podido procurarme, gracias á esto, varias muestracillas literarias, con las cuales voy á formar la de este mes, contando como es consiguiente con la bondad de mis lectores.

Es el primer fragmento una oda, henchida de inspirada prosa, que cuenta las funciones populares de los treinta y un dias primeros del año, y que llegó á mi casa manuscrita y convertida en gaban ó cucurucho de media libra de lentejas. — Parece obra de no despreciable ingenio, y dice de esta suerte:

— Adios Enero, déjame que al borde de tu sepulcro, ó lo que es lo mismo viviendo y comiendo en tus postreras horas, entone en loor de tu memoria tristísima y poética elegía, entre el humo de un negro *coracero* de á diez y ocho céntimos y al compás del piano ó del acordeon, único néctar y únicas lirras de los modernos vates.

¡Oh! ¡cuál brinca de gusto el oro madrileño al verte asomar por detrás de las barricadas que elevan las dulces Navidades con piezas azucaradas de Alicante y masas toledanas! Como al agua el Prado por agosto; como á la primera paga el que vuelve á ser *activo* tras larga cesantía, tal te aguardan los bolsillos, tísicos á fuerza de aguinaldos; de esa terrible lluvia de tarjetas y coplas en que nos desean una lluvia de felicidades, como prueba de afecto, porque como prueba de afecto alarguemos á cada portador una peseta.

¡Qué alegría extiende en Madrid el año nuevo! Entre las líquidas perlas que en forma de pequeños Niágaras se deslizan de canales y tejados, ó impelidos por los chistosos y jugueteros céfiros que enseñan miriñaques y hacen volar sombreros y pelucas, cruzan por todas partes el dia primero los ágiles donceles de Cangas y Betanzos, sosteniendo con pulcritud en sus manos platos de afecto, que en forma de huevos hilados y merengues dedica la amistad á los innumerables tocayos y tocayas del Salvador del mundo: ó lo que es igual á los Manueles y Manueles. Atropéllanse los raudos *peseteros* luciendo el poético «SE ALQUILA» sobre las elegantes visitas que conducen encerradas en sus vientres, y en alas de carteros y criados vuelan á miles embajadores de cartulina *bristol*, ó lo que es lo mismo tarjetas de visita.

Cinco dias pasan, y... mas antes déjame ¡oh musa! que considere cuán hermosa debió ser la inocencia en los felices tiempos en que gastaba frescos delanteles de hojas verdes, y se mantenía con el *Chantilly* de los arroyos y el *beafsteck* de bellotas y castañas. Mirala, no menos hechicera, correr en la noche del 5 por las calles repartida en entregas vestidas de aguadores, cocineros y mozos de cuerda y de tahona. Madrid envía en busca de los Magos y á recibir dinero á los que mas prendas reunen para tenerlo, es decir, á los mas ganápiros de sus habitantes; y entre la digna orquesta de berridos y cencerros, y á la luz de las antorchas, que envuelven todo en perfumados velos de humo, corren y se fatigan los que un año antes peinaron por primera vez en la corte el pelo de la dehesa, por obligar á correr y fatigarse á los que nacieron en el mismo pueblo que ellos, y tan inocentes aunque algunos meses despues que sus guias pisaron las calles de la Heróica Villa. ¡Digna ocupacion por cierto del ingenio el engañar á un tonto! ¡Solo otro tonto puede conseguirlo!

En abrigados salones intriga en tanto el bello sexo, y los estrechos son una verdadera *próroga* de los años. ¡Los estrechos! ¡los años! ¡qué deliciosa costumbre! las mismas cedullitas con el nombre de cada tertuliente, que forman parejas, sacadas á la suerte, los mismos lances, los mismísimos chistosos epigramas en papel de estraaza azul, rojo ó amarillo hacen las delicias de una porcion de mortales en la última noche del año y en la que precede al dia de Reyes. Verdad es que no está el mérito en la variedad, sino en hacer que duren los placeres.

¿Qué rumor de campanillas y cascabeles resuena en mis oídos? Veo cubiertos de gente los guijarros de las calles de Hortaleza y la Montera, y partiendo aquellas masas de carne y paño, correr infinitas cabalgaduras de

todas clases y calibres. Allí, trenzadas las crines y la cola, ostentan los españoles jacos sus arreos andaluces, llenos de colores, penachos, flecos y espejuelos, y sus ginetes vestidos de *contrabandistas*; allí, parodiando á las niñas madrileñas, lucen los alegres asnillos prendidos y adornos de abigarradas cintas, cual si pensaran asistir á un baile; y hasta las mulas de tahona vienen á aquel sitio montadas por *moros* con calzones blancos y chaquetas amarillas. ¿Qué significan tantas galas? ¡Ah, cerdoso falderillo de *san Anton*! Ya te veo á los piés del santo, que asomado á tu nicho como la hermosa al balcón, miras pasar con el hocico bajo y las orejas tiesas á tus afectuosos prójimos que vienen anualmente á visitarte el dia 17 de enero. ¡Oh, cómo les preparas delicado *buffet*! No los artísticos productos de afamados cocineros excitan su apetito, sino colmados celemines de rubia paja y aromática cebada que reparten los padres Escolapios. — Tampoco al público le falta su correspondiente *piscolabis*: en rústicas mesas, cubiertas de candidos paños, halla *fuertes panecillos*, rojos y blancos, que á la legua dejan conocer que son elaborados por los cocineros del cerdoso bicho.

Terpsícore en tanto descendiendo cada noche á la Heróica Villa, y cubriendo con su manto á Venus y Cupido los presenta en los círculos de la alta y baja aristocracia: síguelo Himeneo, que chupándose los dedos de gusto, envuelve á las parejas en sus redes; y Apolo se quita los guantes para escribir las gacetillas, y verdaderas odas pindáricas modernas. Ellas, cual trompetas de la fama, podrán resonar durante todo el mes anunciando ya los colores de telas de los trajes, ya los nombres de los concurrentes mas conocidos de ambos sexos: obra grata á los futuros historiadores.

Tú tambien, ¡oh Naturaleza! ameniza el mes de enero con los encantos de ordenanza. Tú, empuñando la salvadera donde guardas la nieve, la derramas por el mundo como quien echa azúcar; y sofocando al Guadarrama con las blancas sábanas que le arropan, y en cuyos pliegues se enredan diligencias y carretas, le obligas á lanzar helados resoplidos que, fecundando los pechos, hacen brotar de ellos pulmonías, *grippes* y *catarrros*.

Tú nos proporcionas ocasiones de lucir nuestro garbo para el manejo de la capa y del cómodo paraguas; tú llenas de líquidos cristales las vías públicas para consuelo de los que fabrican chanclos; tú cubres el sol con nubes por ahorrarnos el poner cortinas, y le mandas á la cama tempranito para que el gas nos muestre sus ventajitas; tú hielas los estanques y arroyuelos para que los patinadores hagan gracias, y aun el oso á veces; tú desbordas el humilde Manzanares á fin de que la filantropía tenga motivos de ostentarse en público. ¡Oh mes de enero! Tuyas son las nocturnas escarchas; tuyo el que los seres vivos imiten á las locomotoras exhalando columnas de vapor por boca y narices; tuyas las laborcitas que ornan los cristales de tiendas y balcones en forma de cortinillas transparentes; tuyos en fin ¡oh mes! son tantos placeres y primores, que, con ser tan malo el mundo, aun ardo yo en deseos de poder contemplarte siquiera ochenta veces todavía.

CARTA que arrojaron por la reja de una cueva inmediata al correo, en vez de echarla en el buzón del mismo.

Mi querido Ambrosio: Ya supongo que tendrás ganas de que llegue á ese lugar, que llaman Móstoles, las noticias de la salud de tu mujer y de lo mucho que yo, la susodicha, me he divertido en las funciones reales, pues solo por verlas dejé nuestra casa y me fui á los *Madriles*. Voy por consiguiente, para sacarte de penas, á escribirtelo, ó por mejor decir, á dictar á un memorialista para que te escriba cuanto ha pasado estos dias por delante de mis ojos.

Cuatro veces seguidas ha visto el sol adornadas las casas de la Heróica Villa con vistosas colgaduras, y otras tantas se avergonzó la luna al conocer que eclipsaban sus luces las infinitas que brillaban en los balcones. Esto significa que las funciones debian durar tres dias, pero que el público las prorogó por otro mas.

Salí el segundo de ellos S. M. con toda ceremonia á presentar el recién nacido príncipe al Rey de reyes en el santuario de Atocha. Creo inútil decirte, porque ya lo sabes, como costumbre que es en tales casos, que esta solemnidad fué verdaderamente suntuosa, pero como tendrás gusto en hablar de ella á los vecinos de nuestro pueblo, voy á describirtela menudamente.

Sábete primero, que la carrera desde palacio á Atocha estaba alfombrada de gente por completo dos ó tres horas antes de empezarse la funcion; que el ayuntamiento habia tenido el capricho de llenar la calle de las *Platerías*, donde está su casa, de grandes pabellones, formados con telas de colores y gallardetes nacionales, moda segun me dijeron francesa ó inglesa, que no me pareció por cierto de mucho gusto; que el Prado estaba tambien convertido en almacen de banderolas y gallardetes, y que varios arcos de flores y laureles adornaban el pórtico de la iglesia á donde debian dirigirse SS. MM.

A las doce y media la voz del cañon anunció la salida de la régia comitiva, que iba formada de esta suerte:

Un escuadron de húsares.

Cinco coches de la diputacion de la grandeza, con libreas de gala.

Un caballero y dos correos.

Los timbales y clarines de la real casa.

Diez y ocho magníficos caballos de extraordinaria hermosura, con rendaje de cinta de oro y caparazones bordados espléndidamente del mismo metal, la mayor parte de ellos en tiempo de Carlos III. Conducian del diestro á

los briosos animales sendos palafreneros, colocados en cinco filas del modo siguiente:

Cuatro caballos con sillars de señora, el primero perla con mantilla de insignias de capitán general, el segundo alazan, el tercero tordo y el cuarto castaño. Los tres últimos llevaban mantillas de terciopelo, galoneadas de oro.

Otros cuatro caballos con penachos correspondientes al color de sus respectivos caparazones. El primero castaño, caparazon de terciopelo verde y plata; segundo castaño, grana y oro; tercero tordo, anaranjado y plata; cuarto negro, carmesí y oro.

Cuatro caballos, dos de ellos alazanes y los otros dos tordos con sillars á la royal y mantillas con los entorchados de capitán general.

Un picador mayor, cuatro picadores y cuatro desbravadores, en soberbios potros de la yeguada de Aranjuez.

Otros cuatro caballos con penachos correspondientes al color de sus caparazones. El primero alazan tostado, caparazon carmesí y oro; segundo castaño, verde y oro; tercero negro, azul y plata; cuarto castaño, morado y oro.

Dos caballos árabes con penachos blancos; el uno tordillo, llevaba mantilla azul grana recamada de oro; el otro castaño, azul y oro.

Ocho palafreneros á caballo.

Nueve coches tirados por mulas, servido cada uno por cinco palafreneros y dos lacayos.

Seguian luego otros coches de mas lujo, como voy á decirte:

Un landó de forma moderna con tiro de caballos extranjeros, castaños, trenzados de encarnado.

Un coche moderno con tiro de caballos españoles cruzados de árabe, alazanes tostados, trenzados de amarillo.

Un landó antiguo, tiro castaño oscuro, trenzado de verde.

Un coche antiguo, tiro castaño claro, trenzado de negro y encarnado.

Un coche antiguo, chapeado de metal, tiro perla, trenzado de amarillo y encarnado.

Iban en estos cinco carruajes los gentiles hombres de servicio, jefes de palacio, camarera mayor y damas de S. M. A sus inmediaciones marchaba el mismo número de palafreneros y lacayos, con libreas galoneadas de oro, que en los anteriores.

Dos correos y escolta de caballería de Borbon.

Dos batidores.

Un coche antiguo de corte, tiro alazan, penacho verde y blanco, trenzado de lo mismo, conduciendo á S. A. R. el infante don Francisco de Paula, con uniforme de capitán general.

Al estribo derecho marchaba un caballero y al izquierdo un jefe de carrera con el correspondiente número de criados de librea á pié.

Escolta de caballería de Pavia.

Dos batidores.

Un coche antiguo de corte, forrado de concha, tiro negro con penachos azul y blanco, trenzado azul y oro, con el mismo séquito de criados á caballo y á pié. Ocupaban este carruaje S. A. la infanta doña María Luisa Fernanda en traje blanco con aderezo de brillantes, y S. A. el duque de Montpensier con uniforme de maestrafrante de Sevilla.

Escolta de caballería de Pavia.

Dos batidores.

Otro coche de corte antiguo con tiro castaño, penachos blanco y fuego, trenzado de azul y oro, conduciendo á S. A. R. la infanta doña María Isabel y su aya la marquesa de Maipica. Además del mismo séquito que los coches de persona acompañaba á este un correo.

Otro coche con tiro de ocho caballos tordos rodados, penachos blanco y encarnado, trenzados de lo mismo, guardaciones color de avellana con cabos dorados. Iba de respeto.

Dos oficiales de estado mayor y dos ayudantes del capitán general, haciendo el servicio de batidores.

La carroza régia con tiro de ocho caballos tordos claros, enganchados á la gran Dumon, penachos blancos, trenzados de carmin y oro. S. M. la reina vestia traje de terciopelo blanco con tres entorchados en la manga. Llevaba collar y diadema de gruesos brillantes, siendo los demás adornos de la misma pedrería. S. M. el rey iba con uniforme de capitán general. La falda del agosto príncipe de Asturias era color de rosa. La nodriza, que iba al vidrio en el mismo carruaje, estaba puesta á usanza de su tierra, traje de raso verde primorosamente bordado de oro, con toca blanca guarnecida de encaje.

Al estribo derecho del carruaje marchaba á caballo el general Lemery, capitán general del distrito; al estribo izquierdo el general Sanz, primer ayudante de S. M. el rey; al lado del juego delantero un caballero; á izquierda y derecha marchaban igualmente ocho pajes, con trajes del tiempo de Luis XV y muchos lacayos, palafreneros y otras gentes de á pié. Y detrás los ayudantes y oficiales de órdenes del rey con varios caballeros y correos. — Por último, ocho palafreneros montados.

Cerraban la marcha dos escuadrones del regimiento de Húsares.

Aquí tienes pues el orden en que marchaba la comitiva, y no te admire el ver que uso palabras escogidas y aun técnicas, porque algunos trozos de esta relacion los he tomado al pié de la letra de los periódicos publicados en aquellos dias.

Hubo el de Reyes, tercero de las funciones, un lucidísimo besamanos, y las cuatro noches, como puedes figurarte, parecia Madrid una pavesa bordada de chispi-

tas. ¡Tantas eran las luces que brillaban en los balcones! Distinguiábase entre los edificios iluminados con mas gusto, el cuartel de Alabarderos y la inspección de Carabineros, que lucían vasos de colores: las oficinas de la *Compañía española de crédito*, entre cuyos balcones inflamaba el gas las iniciales Y—2 con sendas coronas reales, y otras varias casas pertenecientes á diversas corporaciones, que se engalanaban igualmente con leyendas y adornos de gas. Pero lo que mas llamó la atención fue el copioso número de gornaldas hechas con farolillos venecianos, que en forma de vistosos pabellones daban abundante luz y pintoresco aspecto á la calle de las Platerías.

Tomados por el ayuntamiento los teatros, dieron gratis una noche de regocijo, haciéndose en el Real trozos de óperas y bailes; en el Circo, la *Casa con dos puertas*, de Calderon, y una loa de don Enrique Cisneros, llamada *La Esperanza de dos mundos*, leyéndose además tres poesías de los señores Hartzenbusch, Romea y Decarrete; en el Príncipe, *Amantes y celosos*, de Lope de Vega; en la Cruz, *La profecía del Manzanares*, loa de don Dionisio de Aldama, y en Novedades la misma comedia que se estaba dando al público aquellas noches. Yo, pobre lugareña, no estuve en ninguno de estos coliseos, pero si en la Plaza de Toros la tarde siguiente á ver los novillos, costeados tambien por la municipalidad. Allí pasé un buen rato, y supe que tambien lo habian pasado los concurrentes al teatro en la noche anterior.

No creas que solamente en regocijos y jolgorio se ha gastado por aquí el dinero. Digna es de alabanza la corporación municipal que ha destinado al alivio de los pobres las siguientes cantidades:

Seis mil reales para cada uno de los niños y niñas nacidos en Madrid en el mismo día que el príncipe de Asturias, siendo hijos legítimos de empleados civiles cuyo haber no exceda de 4 000 reales, ó de artistas, menestrales y braceros; 3,000 reales á los niños de ambos sexos nacidos en Madrid el día del bautizo de S. A., hijos de empleados, cuyo sueldo no exceda de la misma suma ó de artistas y jornaleros; á 40 niños que hayan quedado huérfanos de madre un mes antes del alumbramiento de S. M., y despues de este hasta el día en que salió á Atocha, se les costea la lactancia; se crean 12 plazas en el colegio de San Ildefonso para otros tantos niños que hayan perdido su padre en el mes anterior al nacimiento del príncipe; se da enseñanza y educación á igual número de huérfanos, y además dos mil reales cuando lleguen á contraer matrimonio, y por último á todas las que perdieron sus maridos en los hospitales el día que nació S. A., se les da el socorro de 500 reales y además 250 por cada uno de sus hijos que no esté agraciado por otro concepto. Ya ves pues que tambien los pobres han tenido motivo para alegrarse: por eso el júbilo era general, y las calles estaban de día y de noche colmadas de gente que chillaba y reía de buena gana.

—Y aquí seguía refiriendo la ciudadana de Móstoles á su cara mitad la función de pólvora, dada en los dos extremos del Prado al mismo tiempo, y lo mucho que le habia divertido la feliz ocurrencia de arrojar al aire fósforos encendidos, con los cuales imitaba el público los cohetes para entretener el tiempo y el frío de la noche, mientras el polvorista empezaba su maniobra. Despues solamente hablaba de asuntos propios, poco importantes para mis lectores.

REVISTA LITERARIA inédita, que se destinaba á un periódico que ha que lado tambien inédito.

Mala fortuna han tenido los teatros este mes. El Real fué mas protegido por la suerte que los otros, y sin embargo, solamente dos óperas ha puesto en escena, siendo una de ellas mal recibida por el público. Mas feliz que la *Sonámbula* (que esta fué la desairada), logró la *Norma* abundante cosecha de aplausos, consiguiendo en ella la Medori y Betini no hacer que olvidásemos á la Penco y Fraschini, pero si que sintiéramos menos su ausencia: lo cual siempre es un gran triunfo.

La *Perla de Rafael* se llama una comedia, única que se ha estrenado en el Circo. Solo puedo decir de ella que no la he visto, que es arreglada del francés por don Mariano Carreras, y que solamente se presentó á los ojos del público por dos noches.

En el Príncipe se ha representado otra version del francés, hecha por don Antonio Hurtado con el nombre de *Los Fanfarrones del vicio*. Tiene (como indica su título) por asunto pintar á los que hacen alarde de viciosos, pero dibujado aquel cuadro para otra sociedad cuyas costumbres son enteramente distintas de las nuestras, claro es que nosotros no podiamos considerarlo como un retrato interesante. Afortunadamente en España no existen los personajes que intervienen en esta comedia, y aun dudó mucho que tampoco existan mas allá de los Pirineos. Por eso el público no quiso ver mas que cuatro ó cinco noches esta obra.

Alguna animación debió dar á este teatro la presencia de la célebre Guy Stephan, tan aplaudida en la época de los famosos bailes del Circo, pero sin embargo de las palmadas que resonaron al presentarse en la escena, sin embargo de lo mucho que se ha pregonado su venida á esta corte, parece que el tal entusiasmo tiene no poco de pasajero, y así lo demuestra igualmente la no abundante concurrencia que acude á presenciar los ejercicios pedestres de la famosa bailarina en *El Delirio de un pintor*. Y en fin para que todo sea completa desgracia, el teatro se ha cerrado de orden de la autoridad á la tercera ó cuarta representación mientras la empresa vence ciertas dificultades.

En Novedades se ha estrenado otro arreglo: *El Abogado de los pobres*, que muy pocas veces pudo lucir su voz en aquel foro, y que salió condenado por el público á morir en el olvido; sentencia casi siempre inapelable.

Tres son por consiguiente las comedias estrenadas en este mes, y todas ellas traducidas. Quiera Dios que en febrero haya mas fecundidad en los autores españoles.

Dos piecécitas se han mostrado por primera vez en las tablas: una en el teatro de la Princesa y otra en el de Novedades: llámase la primera *La Fe perdida*, y la segunda *Uno de tantos*; y lo mismo aquella que esta han muerto al nacer, sin lograr siquiera la vida de las rosas.

Vestido con nuevo papel de color rojo el teatro de Variedades, adornado con flamantes butacas, y pintados de blanco y oro los antepechos de sus palcos y galerías, ha dado albergue á la *troupe française* que ha de funcionar en el presente invierno. Mejor y mas bonito es este local que el que ocuparon las compañías anteriores en la calle del Desengaño, y mayor es acaso el número de espectadores este año que los pasados, pero desgraciadamente los representantes valen mucho menos que los que se fueron doce meses hace, así como estos eran á su vez algo inferiores á los que reemplazaron. No quiera Dios que vayamos mejorando de esta suerte.

A pesar de todo la empresa y los actores están llenos de excelentes deseos de agradar al público; y así lo prueban las muchas obras que ponen en escena. Hé aquí la lista de todas ellas:

En tres actos, *Bataille de dames*; *Fiammina*; en dos, *Ce que femme veut*; *Clermont ou la femme d'un artiste*; en uno, *La seconde année ou à qui la faute*; *L'Invitation à la valse*; *Le Caporal et la Payse*; *Madame veuve Larilla*; *Les premières amours*; *Être aimé ou mourir*; *Le Cabaret de Lustucru*; *Le Mariage extravagant*; *Le Cachemire vert*. Total entre dramas y comedias, 13.

Despues de los teatros justo es dedicar algunos renglones á la solemne adjudicación de premios que anualmente se reparten en la Biblioteca nacional, conforme al último reglamento de este precioso museo literario. Tuvo lugar el acto en el magnífico salon donde se conservan las riquísimas colecciones de monedas, y despues de leer el director una Memoria, en que examinaba ligeramente la fundación del establecimiento, sus variaciones y sus mejoras, publicóse el fallo del tribunal, que ha calificado las obras presentadas al concurso. Cinco son estas, habiendo merecido el premio de 8,000 reales don Miguel Colmeiro, y el de 6,000 don Tomás Muñoz y Romero. Tiene por título el trabajo del primero: *La botánica y los botánicos de la Península Hispano-Lusitana*, estudios bibliográficos y biográficos, y consta de un tomo en folio manuscrito de 482 páginas. Se divide en dos partes: la primera es un catálogo razonado y completísimo de obras exclusivamente botánicas, y de multitud de libros que, aunque dedicados á diversas materias y objetos, tratan mas ó menos incidentalmente de la ciencia; contiene esta parte 892 artículos. La segunda se compone de mas de 300 biografías intercaladas con 19 retratos de botánicos españoles. Acompañan á la obra en cada una de sus partes dos prólogos histórico-críticos y los correspondientes índices.

La que alcanzó el segundo premio es un *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias, monasterios y santuarios de España*; grueso volumen en folio, que consta de millares de artículos, y forma una extensa y completísima monografía histórica.

Otro de los trabajos presentados no se admitió al concurso por no reunir las condiciones necesarias, y los dos restantes se imprimirán por cuenta de la nación segun propuso el tribunal. Ambos prometen ser interesantes á juzgar por su título. Llámase el uno *Biografías de escritores españoles*, originalmente escritas ó ilustradas con nuevas noticias por don Luis María Ramirez y de las Casas-Deza, y contiene treinta y seis artículos biográficos, la mayor parte de varones eclesiásticos de Córdoba; el otro, intitulado *Reseñas biográfico-bibliográficas de escritores españoles contemporáneos*, es un manuscrito anónimo que consta de 275 biografías.

El reglamento de la Biblioteca establece además otro premio para los oficiales mas celosos de aquel departamento. Este año se ha repartido entre todos, por haberse distinguido igualmente examinando mas de 20,000 volúmenes, ordenando 65,000 libros de los conventos, y haciendo 80,000 papeletas de índice.

Y para acabar la revista literaria diré que Madrid está lleno de *Belenes*, ó sea de ejemplares del *Belen*, periódico que comprende las poesías leídas en casa del marqués de Molins en la noche de Navidad, y cuyos productos se destinan para el socorro de los pobres. Apenas hay casa donde no se vea correr de mano en mano el susodicho papel, que ciertamente es acreedor á tan extraordinario éxito por las notables composiciones que le adornan y por las firmas que contiene, entre las cuales está la del literato que escribe las *Revistas españolas* en el *Correo de Ultramar*. (Esto no lo digo yo, como Vds. saben, sino el autor de este fragmento.)

CRONICA DE LAS PROVINCIAS. — Mis corresponsales me anuncian varios sucesos, entre los cuales pienso que merece preferencia por su importancia la inauguración extra-oficial, ó sea la prueba del ferro-carril de Madrid á Alicante, de esa vía que convierte en arrabal de la corte uno de nuestros principales puertos.

A las ocho y veinte minutos de la noche del 3 partió el tren desde el embarcadero de Madrid, descansando primero en Alcaráz de San Juan y luego en Almansa, y llegando al medio día al término del viaje. No es necesario decir que en cada una de las paradas llenaron los convidados el estómago, y que la caravana se compo-

nia de literatos, militares, periodistas y hombres políticos. El regreso se hizo en menos tiempo, saliendo de Alicante á las siete de la noche y llegando á Madrid á las diez de la mañana. Ni mis corresponsales ni yo estuvimos en la función, por eso no podemos describir las obras del camino, pero segun los periódicos distínguense en el tránsito de Villena á Sax los puentes del Portugués, Algueña y Angosto, siendo este último de sillería y de un solo arco. Al otro lado de Sax con dirección á la vega de Novelda, hay un desmonte de grandes proporciones y un puente de formas de hierro de 16,70 metros de luz y 7 de altura; y despues del túnel, que cuenta 588 metros de largo, se descubre un paisaje por demás ameno y pintoresco: primero Elda y Moncvar, y luego Aspe, Monforte y Novelda, deleitan la vista en una magnífica vega rica en frutas, verduras y viñedos.

ULTIMA HORA, Ó SEASE SUELTOS DE FONDO. — En esta parte comprendo los sucesos que han tenido lugar en los días postreros del mes. — El 23 celebráronse los del Príncipe de Asturias con un lucido besamanos y un surtoso baile. Inútil es decir, porque ya se sabe de otros anteriores, que este pobló las habitaciones reales de lujosas bellezas y bordados uniformes, desplegándose en él una magnificencia extraordinaria.

El acto oficial de la apertura de Cortes se ha verificado este año en el Palacio del Senado. Lo inmediato que está del regio Alcázar este edificio, fué suficiente motivo para que la ceremonia no sacase tanta gente á la calle como otras veces. Sin embargo, los hermosos jardines de la plaza de Oriente estaban llenos de espectadores, y un sol digno de la mas templada primavera, reflejando sus rayos en los fusiles de las tropas que cubrían el tránsito, daba mayor lucimiento á la interminable fila de magníficas y doradas carrozas que ocupan la real familia en tales actos.

Ya se ha inaugurado este año la rifa hecha por las damas de la aristocracia para atender al socorro de los pobres. Los salones bajos del ministerio de Fomento están de continuo llenos de gente que acude á tomar cedulillas, despachadas por las mismas señoras, y á contemplar los objetos que entran en suerte, entre los cuales hay varios regalados por SS. MM.

Hé aquí los fragmentos literarios con que prometí formar la *Revista* de este mes. Mucho celebraré que dejen satisfechos á mis lectores.

Madrid 31 de enero de 1858.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Revista de París.

El jueves se puso en escena en el Teatro Italiano la ópera semi-seria en cuatro actos del maestro Flotow titulada «Marta»; era su primera representación en París. El libretto que lleva el nombre de M. Friederick, está tomado de un baile pantomímico francés «Lady Henriette» de M. de Saint-Georges, y encierra una fábula interesante y poética.—Lady Enriqueta, alta señora de la corte británica, «mas brillante que una estrella, mas hermosa que las flores de mayo» se atormenta y se consume en un esplin causado por la falta de amor, como dice su confidenta Nancy. ¿Qué hará la bella dama para distraerse? — Una cosa bien sencilla por cierto: acudir al mercado de Richemond, una feria singular donde se reúnen todas las criadas de la comarca que buscan acomodo; Enriqueta, bajo el nombre de Marta, disfrazada con el traje de aldeana que llevó al baile de máscaras de la noche anterior, y acompañada de su inseparable Nancy (Betsy) se mezcla efectivamente entre la turba de las alegres sirvientas.

Los labradores llegan en tumulto á Richemond á hacer provision de criadas, y con ellos aparecen Lionel y Plumket. Lionel es un pastorcillo de la Arcadia, tierno y melancólico, un suspirante eterno.

— ¡Qué algazara! ¡qué voces, Lionel! Creo que habrás elegido ya entre tanta muchacha, hermano mio.

— ¿Y por qué?

— Me extraña la pregunta; ya sabes que nuestra madre te dijo al morir: «¿Quién cuidará de tí, Lionel?»

— El cielo la bendiga.

— Sí, fué una excelente esposa y trabajó sin descanso para sus hijos. Sus caricias, sus besos fueron para tí; para mí los malos tratamientos y los golpes.

— ¡Hermano mio!

— Animo, Lionel; no estás solo, tu dolor es sagrado para mí, yo seré tu guía y tu defensor.

— Era yo muy niño, querido Plumket, cuando una mañana un peregrino que huía de su país, solo, abandonado de todos, encontró un asilo bajo vuestro techo hospitalario: era mi padre que me confió á vuestros cuidados, y luego la voz de mi madre le llamó al cielo.

— Y nunca pudimos saber quién era, ni de donde venia; pero al morir te dió esa sortija diciéndonos: «Si mi hijo se encuentra en peligro, que enseñe este objeto á la reina.»

— Querido hermano, no me seduce el esplendor del trono; el amor es lo único que deseo. Goecemos de una paz benéfica, la libertad reina en estos lugares, no busquemos las riquezas, puesto que la amistad es un tesoro.

Pero hé aquí que dan las doce, y la voz del cherrif, en nombre de la reina de Inglaterra, declara que todo ajuste hecho en el mercado de Richemond será considerado como un acto público. El que se ofrece en servicio y recibe señal, debe servir á su amo durante un año cuando menos.

Lionel contrata á lady Enriqueta para limpiar el cortijo, y Plumket toma á Nancy para que cuide los carneros. — Pero esto no es la verdad; Lionel se lleva á la hermosa Marta por

que se ha prendado de sus divinos ojos, y Marta se aventura á seguir la intriga un tanto enamorada igualmente del tierno campesino.

acto segundo es un idilio desarrollado en una situación cómica. Los labradores quieren poner al corriente á sus sirvientas de los quehaceres domésticos, y notando su torpeza, dejan á un lado los tornos de hilar y aprovechan mejor el tiempo en declaraciones amorosas.

— Marta, exclama Lionel, tu mirada ha penetrado mi alma, mi corazón por primera vez siente el amor, ya no viviré mas que para tí; Marta, te amo.

— ¡Cielos! ¡Dejadme!...

— No, Marta, si no quieres que muera á tus piés, no desprecies mi amor.

— ¿Pero qué haceis?

— Te imploro de rodillas...

— Levantaos, es una broma.

— No, Marta, el amor te hace igual á mí; ya no me acuerdo de tu origen oscuro.

— ¡Somos iguales! El error es divertido.

Marta sin embargo no se divierte; las lágrimas y el dolor de Lionel la hacen temer que ponga fin á su existencia.

Entre tanto Plumket y Nancy repiten la escena, aunque afortunadamente para el espectador en tono alegre.

El acto concluye con la fuga de las supuestas criadas que corren á la córte, con recelos de que la reina sospeche la aventura.

En el siguiente nuestros dos labradores reconocen á sus fugitivas entre la servidumbre de la reina que se hallaba de caza en un bosque.

— Marta, la dice Lionel, antes de verte mi corazón te habia reconocido.

— Os engañais, responde lady Enriqueta.

— No, no, tu rostro, tu hermoso rostro se halla grabado en mi corazón. Conozco muy bien tu voz, no me engaño, Marta.

— Estais soñando.

— Si es un sueño, no me despertéis... ¡Ingrata!

— ¡Aldeano, silencio!

— Yo aldeano! soy tu amo, y ya que te resistes á la dulzura, emplearé la fuerza; eres mi criada, y exijo que vengas conmigo.

La dama pide auxilio y Lionel queda preso; pero antes de marchar con los que le arrebatan por haber insultado á una señora de la córte, se quita su sortija y se la da á Plumket.

— Toma este anillo de mi padre, le dice, ya sabes para qué: no me ereo abandonado mientras me quede esa prenda.

El desenlace del acto último está indicado ya; el anillo descubre á la reina que Lionel es hijo del conde de Derby injustamente desterrado del reino, y su majestad quiere reparar la falta devolviéndole los títulos que le pertenecian de conde y par de Inglaterra. Lady Enriqueta puede casarse con él sin descender de su alta categoría, y promete no tardar en hacerlo.

Sobre este argumento M. de Flotow ha escrito una partitura muy conocida ya en toda la Alemania, donde ha sido recibida con general aplauso. Una vez admitido el género alemán, la ópera abunda en bellezas. ¿Pero se aceptará este género en el Teatro Italiano de Paris? — Solo como una excepcion nos parece que será admisible. Aun recordamos la triste acogida que sufrió en esa misma escena el «Fidelio» de Beethoven, esa obra colosal producto de un genio incomparable. El



El baile de la Opera, el martes de Carnaval de 1858.

público acostumbrado al canto sencillo, claro y abundantemente desenvuelto de la escuela italiana, canto que siempre la instrumentación deja á descubierto, no halla muy de su gusto esas melodías que comienzan, se interrumpen, se continúan y se repiten indefinidamente en frases cortas, de un brillo fugitivo sofocado continuamente por la orquesta. En «Marta», excepto algunas piezas que vamos á señalar á continuación, la orquesta lo absorbe todo; y justamente como es una ópera en que predomina el elemento sentimental, esto es mas chocante aun para los amantes del estilo italiano, que mas de una vez desearian que los cantos tiernos y suaves que en medio de estudiadas combinaciones armónicas hacen oír los instrumentos, pasaran á la garganta de los artistas.

Las piezas sueltas de efecto musical, como se entiende en los Italianos, son escasas. Sin embargo, puede citarse como modelo de gracia en la ternura y de melancolía en un amor naciente, la romanza de Marta en casa de Lionel, cuando este la arrebató una rosa que llevaba en la cintura.

Qui sola, vergin rosa,
Come puoi tu fiorir!

Ancora mezzo ascosa,
E presso gia á morir.

Una tristeza de una suavidad infinita rebosa igualmente en este otro canto de Lionel, al llorar el objeto perdido de sus ilusiones.

«Dal cespite tremante
» Ti colgo, o giovin fior;
» Sovra il mio core amante
» Così morrai d'amor.»

La canción báquica de Plumket al comenzar el acto tercero:

Chi mi dira — di che il bicchier
Colmato va — per dar piacer?

es la pieza de mas energía y bravura que hay en la ópera. El aria de contralto

Il tuo stral — sia mortal,
Giovin cacciatrice;

es tambien de una concepcion original, y por último en esta enumeracion desordenada que hacemos de los cantos más notables, citaremos el cuarteto de los tornos cuando los labradores quieren enseñar á hilar á sus torpes doncellas. La melodía es nueva y sencilla, y se halla orquestada de un modo sobresaliente. Los violines con sordina reproducen el ruido que hacen las ruedas de los tornos, y el canto adecuado á la situación completa felicisimamente esta combinacion armónica que puede considerarse como una obra maestra en el género imitativo.

Estas son, si no nos engañamos, las principales piezas de canto que el público aplaudió la primera noche.

La ejecución fué buena. La Saint-Urbain desempeñó con gracia y soltura la bonita parte de lady Enriqueta; la Nantier-Didiée mostró su ordinaria alegría en la de Nancy; Graziani (Plumket) canta el famoso brindis del tercer acto con maestría, y la parte de Lionel parece haber sido escrita para Mario.

Nada hemos dicho de un personaje mas que subalterno, lord Tristan de Mickleford, primo de lady Enriqueta, y ocupado en perseguirla durante toda la ópera con un amor ridículo. Es muy poco grotesco con pretensiones de serlo mucho.

Zucchini desempeña este papel sin haber podido darle algun relieve, á pesar de su incontestable talento.

La direccion del Teatro Italiano ha puesto en escena la «Marta» de Flotow con un lujo inusitado; hay trajes y decoraciones de buen efecto; los coros están bien estudiados, y en el conjunto de toda la ejecucion se echan de ver un esmero y una igualdad que solo se logran á fuerza de ensayos. — Deseamos que las entradas correspondan á los gastos que la empresa ha debido hacer para esta ópera, que es sin duda alguna la mas importante de todas cuantas se han estrenado en el invierno actual en las diversas escenas liricas parisien-ses.

El carnaval de Paris suministra pocos lances á la crónica.

Ya saben nuestros lectores á qué se reducen las fiestas públicas de los tres dias de Carnestolendas; cuatro ó seis bueyes gordos como elefantes se pasean en carros por las calles de la capital con su correspondiente acompañamiento de sacrificadores. Nada mas frio ni menos gracioso. Por eso nos apresuraremos á olvidar esta procesion insignificante, y penetraremos en el baile de máscaras de la Opera. Aquí el carnaval tiene otro aspecto.

Son las doce de la noche y la Opera acaba de abrir sus puertas á la gente alegre: payasos, mosqueteros, chinos, indios, trovadores, pastores, marineros, pagés, etc., etc., se tropiezan con las odaliscas, las sílfides, las amazonas y las encubiertas con careta y dominó; sabido es que el carnaval pone á contribucion todas las épocas y todas las fantasias pasadas y presentes.

Todo Paris se encuentra en ese salon que se ve figurado en nuestra lámina: hay representantes de todas las clases: el obrero que toda la semana ha estado trabajando, se constituye en polichinela de ese largo cortejo donde se confunden el que teje la seda, el que cose los fracs, el



La salida del baile de la Opera.

que pulimenta los metales y el que riza el pelo; todo eso está en circulacion en esa sala inmensa.

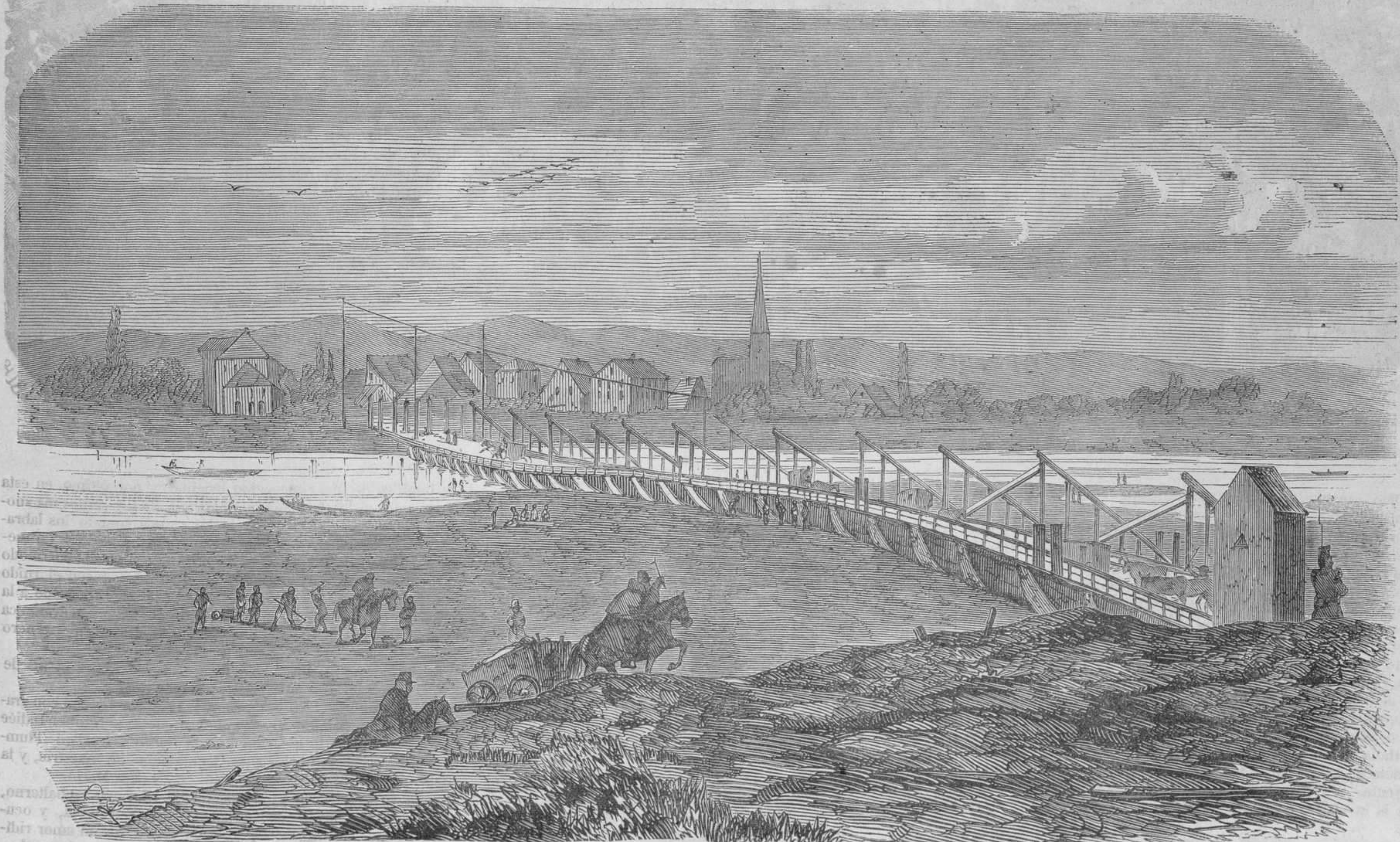
Subiendo la escala hallaremos al que vive de sus rentas, al propietario, al artista, al funcionario público, ¿quién sabe? á toda esa poblacion oficial y militante que tiene tantas ocupaciones y encuentra sin embargo tantas horas desocupadas para su recreo. Esto de trabajar y divertirse, gastar y hacer fortuna, es un milagro complicado que solo se opera en el mundo en beneficio de los franceses.

Fácil es comprender hasta qué punto el elemento grotesco debe mezclarse entre tantas escenas de caracteres variados que se contradicen con un ardor increíble. Mil gritos se responden en ese tumulto, mil piés se tropiezan, mil brazos se enlazan en una danza de un movimiento perpetuo.

Antiguamente el baile de la Opera era un paseo, una distraccion del mundo elegante, un foco de intrigas y de aventuras de cierta elevacion; hoy es un pandemonium sin forma de ninguna especie. — Nació este baile de máscaras de la Opera despues de la muerte de Luis XIV, pero las trasformaciones que ha ido sufriendo desde aquella época son innumerables. Monopolizado en su origen y en sus primeros tiempos por unos cuantos privilegiados, ha sido invadido hace años ya por todas las clases. ¿Quién en nuestros dias no va una vez al baile de la Opera si no como actor al menos en calidad de comparsa y de curioso?

Strauss ha sucedido al gran Musard en la direccion de la orquesta estrepitosa que marca el compás de esa danza frenética. Con igual sangre fria que su antecesor, Strauss se entrega impertérrito á su trabajo hercúleo sin que nada le conmueva, sin que ningun clamor le cause el menor recelo.

Hé aquí pues enterrado el carnaval de 1858; su celebracion



El puente de Kehl, sobre el Rhin, en Estrasburgo, durante las aguas bajas.

del mártir en el teatro de la Opera Francesa ha sido magnífica, inaudita, prodigiosa.

MARIANO URRABIETA.

El puente del Rhin.

Nunca se había visto el Rhin tan escaso de agua. Este río soberbio, á veces tan terrible, apenas deja adivinar su existencia por un arroyuelo de agua verde y límpida. Sin duda se reduce así para que le tengan menos miedo los vecinos... Por eso los habitantes de Estrasburgo van todos los días en muchedumbre á ver al viejo león con las garras cortadas, inofensivo y benigno, y que les ofrece el espectáculo singular de un puente que descansa en la tierra, con los rompe-hielos que nada tienen que romper, y unas embarcaciones que no van sobre el agua.

¡Qué contraste! Una porción de trabajadores militares y civiles acarrear arenas, y muchas personas se pasean tranquilamente allí donde hace poco mugia furioso el río desencadenado.

Ese mismo puente que sigue las ondulaciones de los bancos de arena hasta el sitio en que se inclina suavemente hácia el Talweg alemán como para ver si el Rhin está ahí todavía; ese mismo puente estaba entonces entero y tenía treinta barcas mas que flotaban majestuosamente á muchos metros sobre el nivel de hoy. Entonces estábamos allí con el corazón oprimido, consultando los progresos del azote con ojos inquietos; las campanas tocaban á rebato en el campanario de *Munster*, y era grande el terror de todos... Era la inundación de 1852.

Para los que tuvieron el triste privilegio de presenciar aquel terrible espectáculo, el estado actual del río ofrece el contraste mas fabuloso, y se estremece uno pensando en la masa líquida que constituye la diferencia entre ambos estados.

Cárlos el de Lavapies.

I.

Como es Cárlos tan sensible
Y es tan insensible Ines,
El está muerto por ella,
Y ella no hace caso de él.
Muchachas hermosas tiene
El barrio de Lavapies,
Y á Cárlos que es buen muchacho,
Pocas miran con desden;
Pero dice el pobre Cárlos
Que si no le quiere Ines,
Las muchachas en el mundo
Están de mas para él.
Todos los días el pobre
Trabajando en su taller
A cada instante se acuerda
De su ingratitud cruel,
Y se le saltan las lágrimas
Sin poderlas contener.
Sus compañeros se burlan
Cuando así llorar le ven,
Pero de sus burlas Cárlos
Poco caso suele hacer,
Pues por una mujer llora,
Y Cárlos sabe muy bien
«Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.»

II.

— Muchachos, dice el maestro,
Fuera cepillos, y á ver
Las novias. — Y alegremente
Abandonan en tropel
Oficiales y aprendices
La herramienta y el taller.
Marigueta espera á Antonio,
Dolores espera á Andrés,
Juana á Pepe, Antonia á Paco,
Rosá á Gil, Petra á Mignel;
Pero ¡ay Dios! al pobre Cárlos
¿Quién le está esperando, quién?
Ayer le dijo el maestro:
— Desde primero de mes
Trabajarás de oficial,
Porque te portas muy bien;
Mas no tiene el pobre Cárlos
Como otros una mujer
Que por tan buena noticia
Un buen abrazo le dé...
En lugar de consolarse,
Llora pensando en Ines;
Mas no se avergüenza de ello,

Pues Cárlos sabe muy bien
«Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.»

III.

Va á casa por la guitarra,
Y encontrándose al volver
Con sus compañeros, todos
Con su guitarra tambien,
Un lazo color de rosa
En cada guitarra ve,
Un lazo regalo de una
Enamorada mujer...
Un lazo en cada guitarra,
Y la suya está sin él!...
¡Qué triste va el pobre Cárlos
Hácia la reja de Ines,
Y con qué acento tan triste
Canta de la reja al pié:
«Asómate á esa ventana,
Lucero de Lavapies,
Que mis ojos están tristes
Cuando los tuyos no ven.
Yo soy un pobre artesano,
Y aunque no tengo bombé,
Tengo para tí, morena,
Un corazón de marqués!»
Así cantó el pobre Cárlos,
Pero inútilmente fué,
Pues á escuchar sus cantares
No salió á la reja Ines.
Entonces... calló un instante,
Pero volviendo á tañer,
Se alejó de allí cantando
O suspirando mas bien:
«Llorad, mis ojos, llorad,
Llorad, pues tenéis porqué,
Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.»

IV.

— Maestro, he caído quinto,
Y como hoy mismo tendré
Que entrar en caja, venía
A despedirme de usted.
— Muchacho, ¿qué es lo que dices?
No saldrás de mi taller,
Que los buenos artesanos
Están mal en un cuartel.
Toma y pon un sustituto,
Que ya hablaremos despues.
— Mil gracias, señor maestro,
Pero...

— ¿Qué?

— No puede ser:
Me voy soldado.
— Muchacho,
Haz lo que te venga bien;
¿Pero á qué vas á la guerra?
— A morir por... Isabel.
Y el pobre Cárlos entonces
Se despidió del taller,
Y al pasar junto á la reja
De la desdichosa Ines,
Se le saltaron las lágrimas
Sin poderlas contener.
No faltó una alma de hierro
Que allí se burlara de él,
Pero por Ines lloraba,
Y sabía el pobre bien
«Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.»

V.

Como Cárlos no tenía
Padre ni madre, ni quien
Le consolase al partir
Para nunca mas volver,
Estaba solo en su cuarto
Pensando en la ingrata Ines,
Y decía: — Entre morir
Por una ingrata mujer
O una reina agradecida,
Por mi reina moriré,
Que del que muere por ella
Nunca se olvida Isabel.
Guitarra con que cien veces
Junto á su reja canté
Mi amor y mi desventura,
¡Tú debes morir tambien!
E hizo astillas la guitarra
Contra la dura pared.
Luego partió, y los vecinos

No le volvieron á ve
Mas dicen que al alejarse
Del barrio de Lavapies,
Lloraba á lágrima viva,
Y tampoco aquella vez
Trató de ocultar sus lágrimas,
Pues sabía el pobre bien
«Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.»

VI.

Plum, plum! ¡Dios qué sarracina
Se arma entre Mosen Benet
Y las tropas de la reina!
¡Cuánta sangre va á correr!
Pruurum... Descargas cerradas.
La tropa se porta bien,
Y eso que hay muchos reclutas
Venidos de Leganés,
¡A ellos! ¡Viva la reina!
¡A ellos! ¡Viva Isabel!
¿Quién es ese buen recluta
Que con tal intrepidez
Anima á sus compañeros
Con el decir y el hacer?
Es Cárlos el madrileño,
Cárlos el de Lavapies.
¡Ira de Dios, qué valient! ¡
Quiere morir ó vencer...
Pero ¡ay! le ha herido una bala.
¡Maldita de Dios amen!
¡Pobre recluta! ha expirado
Dando vivas á Isabel,
Y ha derramado dos lágrimas
Su último aliento al perder;
Pero esas lágrimas tristes,
¿Por quién han sido, por quién?
Fueron por Ines. No importa
Aunque fueran por Ines,
«Que no es delito en un hombre
Llorar por una mujer.»

ANTONIO DE TRUEBA.

El proceso de Jesucristo.

(Conclusion.)

Dicele Pilatos, mas bien como exclamacion que como pregunta: «¿Qué es la verdad?» Y sin aguardar la respuesta, salió segunda vez á los judíos y les dijo: «Yo ningun delito hallo en ese hombre.» Hé aquí, pues, á Jesus absuelto de la acusacion por la boca misma del juez. Pero ellos insistian mas y mas diciendo: «Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde la Galilea, donde comenzó, hasta aquí. (*San Lucas*, XXIII, v. 5.) Aquí ya la acusacion es una acusacion de sedicion. «Tiene al pueblo alborotado!» Pero nótese bien estas palabras, que encierran todo el resentimiento de los sacerdotes judíos. «Con la doctrina que va sembrando por toda la Judea.» Con lo que querian decir: le acusamos porque enseña al pueblo, porque le instruye, porque predica «nuevas doctrinas» que no son «las nuestras.» «Tiene al pueblo alborotado:» lo que en la época de los fariseos queria decir: «El pueblo le oye con gusto, el pueblo le sigue por todas partes y le ama, porque predica una doctrina consoladora y amiga del pueblo; porque arranca la máscara á nuestro orgullo, á nuestra avaricia, á nuestro insaciable espíritu de dominacion.»

Pilatos, á pesar de todo, no parece dar grande importancia á esta nueva faz de la acusacion; pero aquí comienza á descubrir su debilidad. Habia oido pronunciar la palabra «Galilea,» y entreve una coyuntura para echar la responsabilidad sobre otro funcionario, y se apodera de ella sin perder un momento. «¿Eres tú galileo?» preguntó á Jesus; y con su contestacion afirmativa, y considerándole como tal de la jurisdiccion de Herodes, tetrarca de Jerusalem, lo remitió á él. Mas Herodes, que hacia mucho tiempo deseaba verle, por las muchas cosas que habia oido de él, y que con esta ocasion esperaba verle hacer algun milagro, despues de satisfacer esta curiosidad y de dirigirle varias preguntas, á las que Jesus no se dignó responder, en presencia misma de los sacerdotes, los escribas y todo su séquito que insistian en acusarle; Herodes, repetimos, «le despreció, y para burlarse de él le hizo vestir de una ropa blanca y le volvió á enviar á Pilatos.»

ULTIMAS TENTATIVAS DELANTE DE PILATOS. — Así pues, nadie queria condenar á Jesus: ni Herodes, que no habia visto en él mas que un objeto de escarnio, ni Pilatos, que habia declarado en voz alta que nada encontraba en él de criminal. Pero el odio de los pontífices no estaba aplacado; y lejos de eso, los principes de los sacerdotes, seguidos de un numeroso séquito, volvieron á casa de Pilatos resueltos á obligarlo. El cuitado procurador del César reasume delante de ellos toda su conducta en este asunto, y les dice: «Vosotros me habeis presentado este hombre como alborotador del

pueblo, y he aquí que habiéndole interrogado en vuestra presencia, «ningun delito he hallado en él de los que le acusáis.» Pero ni tampoco Herodes, puesto que os remití á él, y por el hecho «se ve que no le juzgó digno de muerte.» Por tanto, despues de castigado, lo dejaré libre.» (Luc. *ibid.*)

¡Despues de castigado! ¿No era esto una injusticia, si lo creia inocente? Sí, pero era tambien un acto de condescendencia, por el cual esperaba Pilatos calmar el furor que animaba á los enemigos de Jesus. Así pues, lo hace azotar, y creyendo haber conseguido por este medio desarmar su cólera, se lo presenta en aquel tristísimo estado, diciéndoles: «Ved aquí el hombre.» *Ecce homo.*

¡Ved ahí, decimos nosotros, la sentencia de Pilatos! ¡sentencia injusta! pero que no era la que habian fulminado los judíos contra Jesus, y que debía poner término á cualquiera otro procedimiento sobre el mismo hecho, puesto que el adagio jurídico *non bis in idem* era un principio reconocido é inventado entre los romanos.

Así es que, como nos dice san Juan (XIX, v. 12), «desde aquel punto Pilatos aun con mas ansia buscó como libertarle.» Pero admírese aquí la horrorosa perfidia de los acusadores de Jesus. Los judíos daban voces diciendo: «Si sueltas á ese, no eres amigo de César. *Si hunc dimittis, non es amicus Cesaris.* Puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César.» (San Juan, *ibid.*)

Parece como que Pilatos no era enteramente cruel, pues vemos que procura mas de una vez salvar á Jesus; pero era funcionario público que atendia mas á su interés que á la voz de su conciencia; y así le intimidaron los gritos que ponian en duda su fidelidad al emperador; temia una destitucion, y cedió: *Cuppiebat liberare Jesum; sed cum mollis erat, eorum cedebat affectionibus.*

Pilatos vuelve á tomar asiento en el tribunal, y como si hubiera recibido una nueva inspiración, se dispone á pronunciar una segunda sentencia. Pero contenido todavía por el grito de su conciencia y por el aviso de su mujer, que le mandó decir: «No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido por su causa,» prueba el último esfuerzo, procurando decidir al populacho á que aceptase á Barrabás en lugar de Jesus. «Mas los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo á que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesus.» (San Mateo, XXVII.)

¡De Barrabás! ¡un asesino, un facineroso! Todavía les dice Pilatos: «¿Pues qué he de hacer de Jesus, llamado el Cristo?» Pero ellos empezaron á gritar: «¡sea crucificado!» *Tolle, tolle, crucifige.* Pilatos insiste diciendo: «¿A vuestro rey tengo yo de crucificar?» usando de estas palabras irónicas para desarmar la cólera del pueblo; pero los pontífices mostrándose entonces mas romanos que el mismo Pilatos, contestaron hipócritamente: «No tenemos mas rey que á César,» y volvieron á comenzar los gritos: *crucifige, crucifige!* haciéndose cada vez mas amenazadoras las voces: *et inualescebat voces eorum.*

Por fin, Pilatos, para satisfacer á la turba, *volens populo satisfacere*, se disponia á hablar... Ahora bien, ¿podrá llamarse sentencia á lo que va á pronunciar? ¿Goza Pilatos en aquel instante de la libertad de espíritu que necesita el juez que va á dictar una sentencia de muerte? ¿Qué nuevos testigos, qué documentos ó qué pruebas han hecho variar su convicción, aquella opinión tan enérgicamente pronunciada antes por la inocencia de Jesus?

«Viendo Pilatos, dice san Mateo, que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecia el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: «Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros:» y lo entregó en sus manos para que fuese crucificado.

¡Lava tus manos, Pilatos, que están teñidas con sangre de inocente á quien has entregado por debilidad! Tu culpa no es menor que si le hubieses sacrificado por maldad, y las generaciones repetirán sin cesar: «El Justo padeció bajo el poder de Poncio Pilatos.» *Passus est sub Pontio Pilato!* ¡Tu nombre vivirá en la historia para servir de enseñanza á todos los hombres públicos, á todos los jueces pusilánimes, y para marcar la ignominia que es consiguiente al que cede contra su propia convicción! ¡Un populacho furioso gritaba á los piés de tu tribunal, y tal vez no estabas tú seguro en la silla que ocupabas! Pero ¿qué importaba, cuando te hablaba el deber, y cuando en tu caso era preferible recibir la muerte que darla á un inocente?

La prueba del supuesto delito porque fué condenado Jesus, resulta del mismo extracto de la «sentencia» que pronunció Pilatos, y en virtud de la cual fué llevado al suplicio por los soldados romanos. Existia entonces una costumbre que hemos tomado de la jurisprudencia romana, y que está en vigor todavía, y era fijar por encima de la cabeza de los condenados un cartel con el extracto de la sentencia, para que el pueblo supiese el crimen por que habian sido ajusticiados. Hé aquí porqué escribió Pilatos un letrero y púsole sobre la cruz. En él estaba escrito: «Jesus Nazareno, rey de los Judíos.» Se ve pues claramente, que no fué supuesto crimen de blasfemia ó de sacrilegio, ni el de haber predicado una nueva doctrina en contradicción con la ley de Moisés, lo que hizo condenar á Jesus.

En lo que acabamos de referir tenemos la prueba judicial y legal de que Jesus fué víctima de una acusación política, y que pereció por el crimen imaginario de haber querido atentar al poder del César, diciéndose

rey de los judíos. Acusación absurda, á la cual nunca dieron crédito ni Pilatos, ni los mismos príncipes de los sacerdotes, ni los fariseos, puesto que no trataron de ella en casa de Caifás; acusación, en fin, improvisada por aquellos hipócritas en presencia de Pilatos, cuando viendo el poco caso que hacia este de «su celo religioso,» creyeron necesario excitar el «celo político» del funcionario. *Si hunc dimittis, non es amicus Cesaris!* Palabras terribles que de entonces acá han resonado demasiadas veces en los oídos de los jueces débiles que prevaricaron á ejemplo de Pilatos, entregando por fiagueza la víctima, que jamás hubieran condenado si hubiesen escuchado la voz de sus conciencias.

Reasumiendo pues lo que llevamos dicho hasta aquí, ¿no es evidente que, aun considerado nuestro divino Redentor como un simple ciudadano, no fué juzgado ni conforme á las leyes, ni con arreglo á las formas legales que existian entre los hebreos?

Dios en sus designios eternos ha podido permitir que el justo sucumbiese bajo la malicia de los hombres; pero ha querido menos que fuese ofendiendo todas las leyes, conculcando todas las reglas establecidas, y en fin, que el desprecio absoluto de las formas fuese el primer indicio de la violencia del derecho.

Suprimimos el relato de las vejaciones que siguieron á la sentencia de Pilatos; la violencia ejercida contra el cirineo Simon, que fué en cierto modo asociado al suplicio de Jesus, obligándosele á llevar el madero; las injurias que acompañaron á la víctima hasta el lugar del sacrificio y hasta la misma cruz desde donde rogaba todavía Jesus por sus hermanos y por sus verdugos.

Digámoslo á los filósofos y hasta á los mismos paganos; vosotros, que tanto habeis celebrado la muerte de Sócrates, ¿cómo podriais dejar de admirar la de Jesus! Censores del Areópago, ¿cómo osais emprender el disculpar á la sinagoga y justificar al pretorio! El mundo no ha dudado un momento en proclamarlo, y nosotros debemos repetirlo con él: «Si la vida y muerte de Sócrates fueron las de un sabio, la vida y muerte de Jesus fueron las de un Dios.»

DUPIN.

Funerales de S. M. la reina de Uda.

Antes de que comenzara la guerra actual entre los ingleses y los indios, pocas personas en el mundo se interesaban en el reino de Uda. Aun en el día la historia de esta comarca, una de las mas antiguas y uno de los principales florones del poderío británico, es casi extraña á la causa del público. Para satisfacer la curiosidad de los lectores indicaremos rápidamente los sucesos mas notables.

Uda es un reino situado en el noroeste del Indostan, limitado al Norte y al nordeste por el Nepal; al Este por el distrito actual inglés de Goruckpore; al sudeste por los distritos británicos de Azimburgh y Jounpore; al Sur por el distrito inglés de Allahabad; al sudoeste por el Doab, que comprende los distritos británicos de Futtehpore, de Cawnpore y de Furrukhabad, y al nordeste por Shahjehanpore.

Uda se encuentra entre las latitudes Norte 29° 6' — 23° 34' y 79° 43' — 83° 11' longitudes Este del meridiano de Greenwich. Tiene 270 millas de largo del sudeste al noroeste, y 160 de ancho. La superficie es de 23,923 millas cuadradas, su población de 3,000,000 de habitantes. Las rentas antes de sus relaciones con Inglaterra llegaban á 75,000,000 de francos, y hoy se hallan reducidas á 24 750,000 francos.

El territorio de Uda es uno de mas fértiles del globo. A fines del siglo XII, despues de la conquista de Carnauj por los musulmanes, el reino fué subyugado por Kuttbuddin-Aibuck, virey de la India, bajo la dependencia de Mohummud-Ghori, sultan de Ghuznee. Formando parte integrante del reino de Delhi, despues de la conquista de este Estado por Baber, fué sometido fácilmente. Shooja-ood-Dowlah fué creado visir del imperio de los Mogules en el año 1760.

Las primeras relaciones políticas de la compañía de las Indias con el reino de Uda comenzaron en 1763 por el tratado de Allahabad. Desde esta época hasta ahora los reyes de Uda se mostraron siempre amigos y aliados fieles, justificando así plenamente el elogio que el marqués de Dalhousie hizo de él en su parte al gobierno inglés del 18 de junio de 1853.

Diez y seis son los tratados concluidos entre el reino de Uda y la compañía de las Indias. Estos convenios produjeron á la Compañía mil millones de francos, en subsidios, en empréstitos ó en donativos territoriales. A este dinero deben los ingleses en gran parte sus triunfos en las guerras con las diferentes razas.

En estos tratados se estipuló una alianza sincera y perpetua, y siempre fueron ratificados de un modo irrevocable. Los reyes de Uda confiados en la inviolabilidad de estos convenios, no pensaban que un día tendrian que habérselas con sus amigos jurados.

Hé aquí la lista de los soberanos de Uda:

- 1711. Saadat Khan.
- 1739. Suffder Jung.
- 1755. Shooja-ood-Dowlah.
- 1775. Asopu-ood-Dowlah.
- 1797. Vizir Allie (bastardo destronado en favor de Saadat Allie).
- 1798. Saadat Allie.
- 1814. Ghazee-ood-Deen Hyder.
- 1827. Mohummud Allie Shah.
- 1842. Soorie-a-Jah-Amjud Allie Shah.
- 1847. Wajid Allie Shah.

Por grados la compañía de las Indias fué adquiriendo con usurpaciones un gran poderío en el reino. Un encargado de negocios, oficial nombrado por ella en la corte de un príncipe del país para que le sirviera de consejero, le aconsejó en efecto, pero en provecho de la Compañía. Sabidos son los resultados de estos consejos, que quizá producirán el aniquilamiento del poder inglés en las Indias orientales.

Los tratados principales son los de 1801 y 1837; sobre su interpretación reposa toda la legalidad de la reunión del reino de Uda á la corona inglesa. Por el artículo 6 del tratado de 1801, Saadat Allie Khan consintió en reformar su sistema de administración; pero ninguna multa ó castigo se estipuló para en el caso de que se malograra la empresa.

Para remediar esta falta se hizo el tratado de 1837. Si este último no se redactó en *bona fide*, la facultad de intervenir no existe; en tanto que si es ejecutable, agregar el reino de Uda á la Inglaterra es violar sus condiciones mas esenciales, pues los artículos 7 y 8 indican claramente la marcha que se debe seguir en toda circunstancia.

Los ingleses en el proceso de que se trata, proceso que condujo á Londres á la reina de Uda, S. A. R. Mirza, hermano del rey, y el príncipe Mirza Mohummud Hamid Allie, hijo mayor y heredero presuntivo de su padre, Sooltan Mohummud Wajid Allie, rey de Uda, hoy internado en Calcuta, deben pues establecer para justificar la anexión, que el tratado de 1801 no ha sido ejecutado, y que el de 1837 les da derecho para apoderarse del reino.

En breve se zanjará esta cuestión; pero es de temer que el estado de insurrección del reino de Uda autorice á los ingleses á confirmar el acto de expoliación que han cometido.

El proceso principió á verse en Londres el 25 de mayo de 1857, delante de la cámara de los comunes, por una petición de sir Fitzroy Kelly en favor del rey.

Volvamos á Paris.

La reina de Uda llegó á esta capital el 21 de enero, á la una de la madrugada. Del ferrocarril al hotel Laffitte fué llevada á mano por sus servidores, en un rico palanquin. Esta entrada con antorchas en un momento silencioso de la noche, debió parecerla de un agüero solemne. A la misma hora, aunque en medio del día, debía sorprenderla la muerte poco despues.

Su Majestad Jenabi Auliah Tajara Begum, reina de Uda, segun la declaración hecha en la alcaldía del segundo distrito de Paris, tenia 53 años. Nació en Luknow. Sintiendo que llegaba la hora de su muerte y herida en sus afecciones de reina, de madre y de esposa, quiso salir de Inglaterra «para no expirar, dijo, y reposar eternamente en la tierra de un enemigo.»

Por eso vino á Paris, donde murió el domingo 24 de enero, á la una de la tarde, en brazos de la señora Papy, que acudió á socorrerla.

Las mujeres de la reina, todas presentes, mostraron una desesperación manifestada con los sollozos y ademanes mas desgarradores.

Todo el mundo queria mucho á S. M. porque era buena y generosa; el dolor fué general en la comitiva, y será mas agudo aun entre sus súbditos.

Los doctores Cabarrus y Rayer, y madama Lecharrier, directora de la Maternidad, fueron llamados cerca de la reina de Uda en sus últimos momentos. Era demasiado tarde, «la desgracia estaba escrita,» dijo el príncipe su hijo, al saber la noticia fatal.

La reina tenia una dama de honor á quien queria mucho. Esta persona durante su viaje á Londres falleció; S. M. la lloró mucho, y se imaginó que era una advertencia de Allah. La niña de la dama de honor, que tenia cinco años, fué adoptada por la reina. — Damos su retrato en el dibujo n° 4; se llama Kunneezi Hoosain.

La comitiva de la reina de Uda se componia de unas cincuenta personas; entre ellas se contaban diez y ocho mujeres.

Hé aquí los nombres de los principales personajes no citados aun en esta noticia:

1. Moutivée Mohummud Hoosain, el Moch Tehid ó sacerdote. Este recitaba las oraciones, hacia las abluciones y presidia las ceremonias religiosas. — Se ve en el dibujo titulado: Lamentaciones de las mujeres antes de levantar el cuerpo.
 2. Nawah Julleessood, Dowlah Bahadoor, Edicon, es decir, compañero de la reina.
 3. Nawah Mehdee Koolie, Khan Bahadoor, nieto del último emperador Nadir-Shah de Persia, y Edicon de la reina de Uda.
 4. Nawaur Nazir Joorut Allie, Khan Bahadoor, jefe de los eunucos.
 5. Mean Khoorshaid Allie, segundo jefe de los eunucos.
 6. Meer Dillawaur Allie Dehutz, secretario.
- Su alteza real, el príncipe Mirza vino de Inglaterra acompañado de Syed Abdoolah, nativo de Persia, intérprete versado en las lenguas indostana, sanscrita, árabe é inglesa. Es un hombre de mucha actividad y talento. Lleva el traje de los agregados de embajada orientales, es decir, viste á la europea, excepto un gorrito de terciopelo color de violeta y bordado de oro en relieve. — Ha escrito un tomo de 300 páginas titulado: *Usurpacion de Uda.*

El príncipe y las personas de la comitiva se abstienen de vino y de licores fermentados. Muchos se alimentan con arroz, pescado y fruta. La mayor parte de ellos observan los usos de su religion con puntualidad.

A las dos de la mañana (en la noche del domingo al lunes) bajaron solemnemente el cuerpo de la reina á



La comitiva de la reina de Uda, velando en el patio del hotel Lafitte, durante las abluciones del cuerpo.



Nawah Mehdee Koolie Khan Bahadoor.



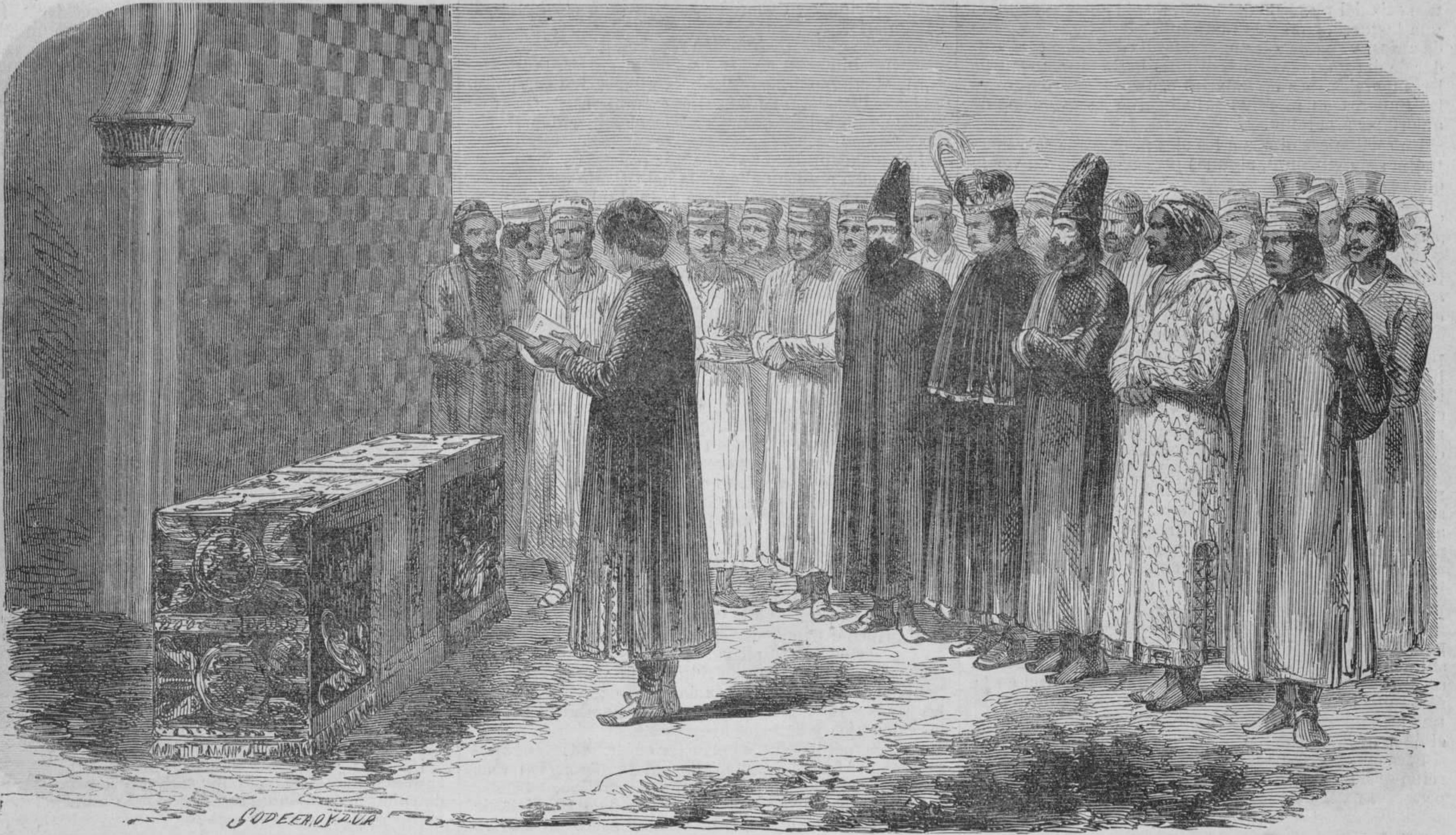
Lamentaciones de las mujeres delante del féretro.



Kunneezi Hoosain, hija adoptiva de la reina de Uda.



Trasfacion del féretro al carro mortuorio.



El Mooj Tehid, sacerdote indio, recitando oraciones delante del féretro en el cementerio musulmán del Père Lachaise.



Mirza Mohummud Musseenood Deen, Khat Bahador, agente acreditado del rey de Uda, cerca del gobierno inglés.



Conversacion de los que asistieron a los funerales, antes de sepultar el cuerpo.



Inayat Hossain, de la comitiva de la reina.



El enterramiento del cuerpo al anochecer.

una sala del piso bajo del hotel. En el patio encendieron una hoguera, poniendo una multitud de bugías á guisa de cirios, y se estableció una guardia de honor para cuidar de día y de noche á la difunta hasta el momento de los funerales. Los dignatarios ocuparon sus puestos, y las mujeres de la reina principiaron la operacion de amortajar á la reina.

Un cortinaje ocultaba á los ojos profanos la sala mortuoria; sin embargo, algunas personas pudieron ver lo que se pasaba.

El cuerpo extendido primeramente en una ancha mesa inclinada, fué despojado de sus vestidos. Nueve jarrones de barro nuevos sirvieron para regarle con el agua fria y purificante de las abluciones. Luego, bien enjugado, introdujeron en la boca una sustancia líquida y olorosa, cerraron la boca, los ojos, la nariz y los oídos con lacre encarnado, y pusieron encima el sello real de Uda.

La vistieron y la adornaron lujosamente para la sepultura, como es costumbre en Oriente. Los colores mas brillantes repararon en aquel rostro los ultrajes del dolor y de la muerte. Exquisitos perfumes ungieron aquel cuerpo que revelaba aun las formas elegantes de las razas primitivas del centro del Asia, y luego ricos vestidos completaron su prendido postrero.

Al ver aquella mujer tan espléndidamente engalanada en medio de los mil resplandores fantásticos que se reflejaban en su rostro ovalado, al ver aquella boca animada con una sonrisa extraña y suave, se la habria podido creer entregada al sueño de una vida feliz y serena, sueño que debía interrumpirse bajo la agradable impresion de la palabra amada de un hijo ó de un esposo.

Cuando la reina estuvo tendida en su cama de respeto y se llenaron todas las formalidades del culto musulmán, se recitaron las oraciones y se quemó el incienso, un sacerdote y algunas mujeres se instalaron en la sala fúnebre y salmodiaron en lengua india cánticos de una armonía sombría, cuyo carácter recordaba un poco el de la melopea griega.

Para cumplir estos tristes deberes, las mujeres de la reina se habian quitado sus sandalias y sus vestidos superiores, y descalzas y medio desnudas derramaban el agua helada, y se exponian á costa de su salud á una temperatura de seis ó siete grados bajo cero. Raro sería encontrar estas señales de respeto en Europa.

S. A. R. el príncipe Mirza, hermano de S. M. el rey de Uda, llegó de Londres el martes por la mañana, pues le llamaron por el telégrafo el domingo.

Este príncipe es un hombre de treinta y un años, bastante alto y corpulento; su persona no carece de cierta dignidad. Su cutis cobrizo, sus cabellos crespos, sus negros ojos, sus bigotes y patillas á la europea le dan el aspecto de una persona acostumbrada á los usos ingleses. Gasta el traje suntuoso de su país.

Dícese que el príncipe es muy dado á las prácticas de la secta de Ali á la que pertenece como su madre. Gasta poco y vive retirado á pesar de los muchos visitantes que solicitan verle.

El personaje principal de su comitiva es S. E. Mirza Mohummud Mussehood-Deen, Khan Bahadoor, agente acreditado del rey de Uda. Es un hombre de unos cincuenta años á lo que se puede juzgar por su rostro negrozco; la expresion de su fisonomía es noble, suave y penetrante. Parece ser que está dotado de mucha capacidad. Los documentos históricos indios le representan como un hombre muy letrado y versado en la política de las cortes del Asia. Ha escrito una obra notable titulada: *Uda, sus principes y su gobierno, vengados de la calumnia.*

Su traje y modales son sencillos; y si no fuera por la riqueza de los cachemiras y los tres grandes sellos del Estado que cuelgan de su cinto, no se le supondría un personaje tan considerable, próximo pariente del rey, poseedor de una gran fortuna y jefe tambien de un pequeño Estado tributario de Uda. — Su retrato (dibujo número 7) es muy exacto.

El día del martes se pasó en negociaciones entre las embajadas de los diferentes gobiernos, á fin de obtener para S. M. los honores debidos á su categoría. Por consideraciones importantes no se pudo acceder á este último favor.

El miércoles á las dos de la tarde todo estaba dispuesto para los funerales. S. A. R. el príncipe Mirza bajó solemnemente á la cabeza de los dignatarios de su casa y llegó cerca del cuerpo de su madre. Todos los indios estaban con sus vestiduras de gala.

Después de algunas plegarias y abluciones se procedió á levantar el cuerpo. La reina estaba tendida con todos sus adornos en una caja de *madera blanca*, muy ancha, sin clavos ni ornatos, y guarnecida de una espesa capa de algodón. Un simple velo se extendía sobre ella.

Este féretro ó mas bien este lecho, se hallaba oculto á las miradas de los curiosos bajo un catafalco decorado con una tela de seda encarnada y oro. Cuatro palos forrados de terciopelo purpurino cubrian el féretro, que ocho dignatarios llevaron al carro fúnebre. Este carro cubierto de brocado de plata y de seda blanca, llevaba seis magníficos caballos negros, cada cual con su palafrenero correspondiente.

En el coche que iba á la cabeza estaba el Mooj Tehid ó sacerdote de la reina que recitaba plegarias.

A pié detrás del carro marchaba S. A. R. el príncipe Mirza; sus brazos levantados al cielo en testimonio de sumision á las voluntades de Allah, iban sostenidos á la derecha por el general de Orgoni y á la izquierda por el capitán Lynch.

El príncipe y su comitiva caminaron á pié hasta el cementerio.

Los doce coches de luto que seguian, encerraban muchas notabilidades en las ciencias, las artes, la literatura, el cuerpo diplomático y la milicia. Los carruajes de los embajadores de los países extranjeros y los agregados de embajada acompañaban el entierro de S. M. la reina de Uda.

La muchedumbre era inmensa: recogida y silenciosa se inclinaba ante aquella reina del Oriente que no habia podido hallar su sepultura bajo el sol de su patria.

Al llegar al cementerio del Pere-Lachaise, la comitiva del príncipe se formó en círculo al rededor de este. El príncipe se quitó su rico tocado y sus sandalias. El Mooj Tehid recitó los versículos del Corán, se renovaron las abluciones, un canto fúnebre elevó sus frases melódicas bajo la bóveda sonora de la mezquita musulmana, y por última vez llamó sobre la real difunta la bendicion de Allah y la del profeta Ali.

Se extendió una sábana grande en el suelo, y el príncipe y su comitiva se sentaron encima á la manera de los orientales. Hablaron de la reina y de sus altas cualidades, se dijeron cuánto la querian y cuán presente estaría siempre su espíritu en medio de ellos.

Al ponerse el sol la conversacion y los cánticos cesaron, y se llevó el catafalco con mucha pompa al borde de la sepultura. Dos eunucos que habian seguido el carro fúnebre cuyos cordones habian llevado, bajaron descalzos al sepulcro, donde extendieron el cuerpo de la reina arreglándole cuidadosamente para la eternidad.

Sobre el cuerpo se construyó un tablado de manera que quedase un hueco entre la reina sentada en la tumba y la tierra con que la iba á cubrir el sepulturero.

El príncipe arrojó una mirada postrera al sepulcro entreabierto que sin piedad le arrebatara su madre, y luego la muchedumbre se retiró conmovida con lo que habia visto. Una vez mas sabia esa muchedumbre que las penas y las lágrimas son para los hombres de todas las categorías y de todos los países.

Desde aquel instante el príncipe encerrado en sus aposentos, permaneció sumergido en la desolacion mas grande. Nadie pudo verle por ningun motivo.

El príncipe y su comitiva salieron de París el 1.º de febrero para volver á Londres. El heredero presuntivo de la corona de Uda debe venir á París en marzo próximo. Este príncipe tiene diez y ocho años, y el rey su padre cuenta treinta y seis.

REDENCION.

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

(Continuacion.)

ERLOFF.

Me gustan cada vez mas los pormenores, y propongo un brindis á la matrona.

MAGDALENA.

Y yo os propongo que calleis, ó que tomeis la puerta.

MAURICIO.

Margarita continuó viviendo con nosotros dos... regalo divino, en efecto... Tenia un carácter singular, compuesto de altivez y de dulzura, de inteligencia arrebatada y de ternura silenciosa. Nunca me dijo una palabra de agradecimiento; pero al fin de las lecciones de toda clase que la daba yo lo mejor que podia, me pagaba con una mirada profunda y rápida que me dejaba conmovido. Así pasé con aquella amada criatura dos años, á los cuales nada puedo comparar en mi pensamiento, ni siquiera la embriaguez que para dentro de un instante espera uno de los presentes.

SHEFIELD.

Protesto.

MAURICIO.

Hace año y medio la salud de Margarita se alteró; se puso mas pálida, y sus ojos parecia que iban á saltar de sus órbitas. No se sentia enferma, y sin embargo se debilitaba cada vez mas. Me aconsejaron que la hiciera tomar baños, y la llevé á Aquisgram, donde tuve la suerte de hallar un jóven médico que nos cobró mucho afecto á ella y á mí. El viaje la cansó mucho, y tuvo que meterse en cama á su llegada; la entró una fuerte calentura con delirio, y me llamaba á menudo sin reconocermela. Entonces por primera vez se me ocurrió la idea de que podia perderla. El médico me tranquilizó sin embargo; me dijo que la enfermedad habia tomado felizmente un carácter agudo, y que se podia esperar una crisis hácia el décimo día. Este décimo día llegó sin que hubiese yo dormido una hora ni derramado una lágrima; por la tarde me reconocí, y viendo la ventana abierta quiso levantarse diciendo que la parecia haber resucitado. Nuestro amigo el médico, que no nos dejaba, me ayudó á llevarla al balcon. Jamás olvidaré aquellas horas: era á fines de julio; desde las ventanas de la fonda que habitábamos se distingue una alta colina cargada de hermosa vegetacion; el sol se apagaba poco á poco por detrás de las viñas, y una porcion de estudiantes y de muchachas subian por los senderos con mucho regocijo; sus cantos de fiesta y de amor resonaban y se perdian á lo lejos. Yo tenia la mano de la jóven entre las mías, y la oia murmurar débilmente los cantares que la brisa nos traía por intervalos. Entonces mi corazón

sintió una flaqueza de felicidad, y permanecí largo tiempo sin voz y sin pensamiento, llorando como un niño. De repente el jóven médico que estaba á mi lado, se estremeció y puso suavemente su mano sobre mi hombro; yo le miré... estaba lívido... miré á Margarita... y se sonreía con los labios entreabiertos y los ojos fijos... la pobre criatura estaba muerta... yo habia perdido su último suspiro en su última cancion...

(Berta arroja un grito, se lanza al cuello de Mauricio y le besa sollozando.)

MAURICIO.

¡Hija mia!

ROSITA.

Berta... ¿qué es eso?... ¿qué tienes esta noche?... Te voy á llevar á la cama... Me permitireis que me retire, Magdalena, tengo ensayo mañana muy temprano, y me estoy durmiendo.

MAGDALENA.

Como gustes. Ven á darme un beso, Berta; buenas noches, hija mia.

ROSITA.

Buenas noches y mucha suerte, señores. (*Se lleva á Berta riñéndola*)

EL CONDE JUAN.

No habria hablado de tal aventura si hubiese podido sospechar semejante desenlace.

MAURICIO.

Te creo, conde Juan. Ahora debo excusarme con Magdalena y todos estos señores sobre la poca oportunidad de mi relacion; puedo asegurar que nadie ha podido enojarse tanto al oirla como yo al contarla. Siento haber turbado involuntariamente vuestra alegría, y para no prolongar el triste papel que me ha cabido, os pediré permiso para retirarme.

MAGDALENA.

¡Oh! no por cierto, Mauricio; vuestra presencia es aquí mas necesaria de lo que creéis. Señores, soy mujer de palabra, os dije que esta noche distinguiria á uno de vosotros en el caso en que mi corazón estuviese libre todavía... (*Vivos rumores.*) Ahora bien, mi corazón no puede estar mas libre; pero como no podria en conciencia hacer una eleccion entre cuatro caballeros tan cumplidos y de un mérito tan igual, he resuelto encomendar este cuidado á vosotros mismos. Aquí teneis papel y tinta; id á votar en escrutinio secreto, y el elegido por la mayoría será mi favorito. (*Movimientos diversos.*)

ESTIVAL.

Pido la palabra.

MAGDALENA.

Se me dirá probablemente, que como cada uno se creará el mas digno, se dará su voto, y la operacion electoral puede durar eternamente. Está previsto el caso y concedo á Mauricio el derecho de votar... (*Tumulto y reclamaciones.*) ¡Silencio! Mauricio es elector, pero no es elegible. (*En hora buena.*) Ahora, señores, yo debo eclipsarme durante el escrutinio, y me eclipso. ¡Buena acogida al vencedor. (*Sale cantando y todos los convidados se levantan y rodean á Mauricio; solo el conde Juan permanece retirado.*)

ERLOFF, á Mauricio.

Caballero, no trato de ejercer ninguna influencia en vuestra opinion, pero habeis debido notar que he permanecido mudo hace un instante. Es que tenia contra vos cierta animosidad que se ha desvanecido completamente al oiros expresar unos sentimientos tan elevados y tan dignos (*Mauricio se inclina.*)

SHEFIELD, riendo.

Yo no soy un griego del Bajo Imperio y voy derecho á mis fines.

ERLOFF.

Me dareis una satisfaccion por esas palabras, milor.

SHEFIELD.

Seguramente. (*A Mauricio.*) Os pido que voteis por mí, pero que lo hagais ó no, sois un hombre original que os habeis granjeado mis simpatías; mis cigarros, mis caballos y todo cuanto poseo está á vuestras órdenes. (*Mauricio se inclina.*)

ESTIVAL.

Caballero, yo no soy de los que compran votos...

SHEFIELD.

¡Oh! ¡oh! hablaremos de eso luego, señor duque.

ESTIVAL.

Cuando gustéis... No soy de los que compran votos, lo repito. Os suplico sinceramente, caballero, que no voteis por mí, pues tengo intenciones de sacaros mañana mismo de la cancelleria para llevaros á la secretaria de vuestra legacion en Francia, y no quiero que se atribuya este paso á otro motivo que á la estimacion de que me habeis penetrado. (*Mauricio le saluda.*)

EL CONDE JUAN, á Mauricio á media voz.

Una sola palabra, Mauricio, la amo. (*Alto.*) — Aquí están los boletines preparados, señores. (*Cada cual escribe su boletin y le deposita en un plato.*)

MAURICIO.

A mi me toca contar los votos. Hé aquí el resultado.

(Abre los billetes.) Lord Sheffield, 1; el duque de Estival, 1; el príncipe Erloff, 1; el conde Juan, 2.

EL CONDE JUAN, estrechando la mano á Mauricio
Gracias, querido primo. (El conde sale por un lado, Mauricio por el otro.)

ERLOFF, soltando una carcajada.

Pues ahora comprendo el intermedio del primito. Era un lazo.

ESTIVAL.

Si quereis, vamos á dar un paseo á caballo hasta Schœubrunn, donde almorzaremos ó nos daremos cuatro estocadas segun nos lo dicte el corazon.

SHEFIELD.

Vamos. (Salen.)

EL GABINETE DE MAGDALENA.

Magdalena está sentada en un sofá con la cabeza apoyada en la mano. El conde Juan entra y se acerca á ella sin que ella levante los ojos; al llegar delante del sofá dobla la rodilla y permanece en esta postura sin hablar.

MAGDALENA, alzando la cabeza.

¿Sois vos?

EL CONDE JUAN.

Una palabra, un ademan para decirme que esperabais á otro y saldré sin preferir una queja.

MAGDALENA.

Generalmente sé lo que me hago. Si mi cálculo hubiese podido salir mal, si otro rostro que el vuestro se hubiese presentado á mis ojos, mi primera palabra le habria hecho palidecer de vergüenza. Si una mirada puede matar otro que vos, no habria salido vivo de este cuarto. Pero lo cierto es que habria salido y pronto.

EL CONDE JUAN.

¡Magdalena!... ¡Cuán hermosa sois!... ¡Cuánto os amo!...

MAGDALENA.

Conde Juan, sois un hombre distinguido de todas maneras; pero sois un hombre, y en el terreno delicado en que os encontráis respecto de mí, se puede observar que desgraciadamente todos los hombres se manifiestan iguales. Así con vuestra inteligencia superior y vuestro gusto exquisito, os veis reducido á decirme exactamente lo que me diría un cualquiera en semejante caso, lo que me dirían un estudiante, un niño, os lo advierto de paso.

EL CONDE JUAN.

¡Ay! Magdalena, es que os amo como un estudiante y como un niño. Si no fuera así mi lenguaje podria cambiar fácilmente.

MAGDALENA.

Otra cosa que se dice á las mujeres. No sé si es verdad, pero sirve para salir del paso... ¿Qué veleta es vuestro primo!... ¿Con que os da su voto despues de su famosa carta? (Se rie.)

EL CONDE JUAN.

Sin duda se ha formado de vos una opinion mejor y mas justa.

MAGDALENA.

¿Pues le he dado lugar á ello durante la cena?

EL CONDE JUAN.

Bajo vuestra superficie ligera y brillante, ha podido adivinar como yo una tristeza seria que un hombre tendria orgullo en consolar, una pasión sorda que solo espera una chispa. Magdalena, si mi amor mas verdadero y ardiente de lo que creéis...

MAGDALENA.

¿Y qué puede hacer en el mundo un hombre como ese? ¿Hará versos?...

EL CONDE JUAN.

Lo ignoro, trabaja en la cancillería.

MAGDALENA.

¡Oficinista!... pasemos á otra cosa: ¿qué deciais, conde?

EL CONDE JUAN.

Os decia que mi amor...

MAGDALENA.

¿De suerte que Mauricio es pobre?

EL CONDE JUAN.

Ni pobre ni rico; en otro tiempo solo se ocupaba de música. Quiso ser compositor y creo que habria tenido mérito; ya trataré de que le oigais uno de estos dias, pero necesitó dinero por causa de la niña que habia adoptado y entonces tomó el empleo. ¿Estais satisfecha? ¿De qué os reis?

MAGDALENA.

Me rio al ver que me contais tales cosas gravemente

y de rodillas. (El conde se levanta con mal humor y se sienta junto á Magdalena.)

EL CONDE JUAN.

No quereis oír hablar de amor, en hora buena. No os amo pues. Dad el nombre que os plazca al fuego que vuestra mirada introduce en mi sangre, á la sensacion que me hace temblar cuando mi mano toca la vuestra...

MAGDALENA.

¿Qué edad tiene vuestro primo?

EL CONDE JUAN, levantándose bruscamente.

¿Quereis que vaya á traerle?

MAGDALENA.

Francamente lo agradeceré mucho. (El conde toma su sombrero y se dirige hácia la puerta.)

MAGDALENA, yendo á él.

Vuestra mano, conde Juan. Hoy os pido perdon, otro dia, vos me dareis gracias. (El conde la abandona su mano y sale sin responder.)

MAGDALENA sola, se pasea con agitacion.

¿Qué haré? No le amo. No quiero cometer una infamia mas... ¿Qué cansancio!... Son ya las dos de la mañana... Estoy soñando despierta... ¡estoy delirando!... Veo sacerdotes y judios en el aire... Razon, mucha razon tenia el sacerdote... Estoy herida en el corazon... ¿Qué me va á suceder ahora?... No hay que hacerse ilusiones... aquí está la vida ó la muerte... Y repetir lo de ayer, lo de anteayer... ¡es imposible, ni por pienso!... Tanto mejor, estoy resuelta... Que venga ó no, será ciertamente lo mismo... No obstante quisiera verle. (Continúa marchando en silencio durante algunos minutos, luego se acerca á una mesa, toma una cuartilla de papel y escribe.) «Mi testamento.» (Se echa á reir.) ¡Qué tontaría! Pero no le hace. (Escribiendo.) «Doy á mis pobres todos mis bienes dejando á mis ejecutores testamentarios el cuidado de sacar de ellos con ese fin el mejor partido. Deseo que reserven únicamente lo preciso para continuar las pensiones que doy á varios parientes de mi madre. Sus nombres se hallarán en el cuaderno azul que está en mi escritorio.»

» Pongo bajo este sobre dos monedas de oro que servirán para mi entierro; no quiero que se gaste mas.

» Nombro testamentarios á Mauricio Eckler y al señor cura de San Esteban.» (Firma, cierra el testamento y pone su sello.)

Ahí está la historia. — ¡No se charlará poco mañana en el teatro! (Un criado abre la puerta y anuncia á Mauricio.)

MAGDALENA.

¡Ah! Que pase.

MAGDALENA, MAURICIO.

MAGDALENA.

¿Con que habeis querido venir?

MAURICIO.

En persona.

MAGDALENA.

Muchas gracias. Confieso que la hora no es propia de visitas. ¿Sabeis de lo que se trata?

MAURICIO.

No por cierto.

MAGDALENA.

Me han mimado tanto que no sé resistir á los caprichos. Parece que sois un músico consumado y he deseado oiros... ¿Quereis sentaros al piano?

MAURICIO.

Con mucho gusto.

MAGDALENA.

No... no es eso... y como no es eso, quiero preguntaros lo que puede ser... Sentaos ahí. (Le señala un sillón enfrente de ella junto á la chimenea.) Respondedme.

MAURICIO.

Me poneis en un apuro.

MAGDALENA, riendo y dejando caer su mano sobre su rodilla.

Pondria esta mano en el fuego á que me creéis enamorada de vos.

MAURICIO.

Ello es que me extrañaria, pero todas las apariencias lo indican así.

MAGDALENA.

Bien... ¿entonces habeis alcanzado vuestros deseos?

MAURICIO.

¡Mis deseos!

MAGDALENA.

¿Me tomáis quizá por una idiota? ¿Quereis que os descubra punto por punto toda vuestra trama? Hace

mucho tiempo que si no me amais, por lo menos quereis alcanzar mi conquista; vuestra vanidad, que no es grano de anís, quedaria satisfecha con semejante triunfo. Ahora bien... hacer la conquista de una mujer como yo, cuando el pretendiente no es un grande hombre, ni un hombre rico, ni un arrogante mozo... pues no lo sois...

MAURICIO.

Ciertamente.

MAGDALENA.

No sois feo, pero no sois hermoso... hacer mi conquista digo, cuando se tienen por rivales los personajes mas ilustres de la corte, cuando solo se cuenta para seducir con un talento algo estrambótico y ciertos conocimientos musicales no demostrados aun... ¡era una empresa regular, á fe mia! Pero hé aquí que la astucia se coloca en el lugar de la fuerza... en vez del leon el zorro... sin poder dar un asalto se abre una mina... se difama por todas partes el objeto de tanto deseo... se afecta evitar á la que busca todo el mundo... se declaran sus vicios, se niega su talento... se la llama vampiro... se ostenta un puritanismo desdenoso esperando que por fin la fatiga, la curiosidad, la molestia valdrán mas que el mérito positivo, y que llegará un dia en que la dama podrá decir bostezando: «¿Pero quién es pues ese caballero?»

MAURICIO, saludando.

¿Y ha llegado ese dia?

MAGDALENA.

Si señor. El sistema era excelente, solo que os habeis engañado en punto al sentimiento que debia producir. Supongo que me comprendeis y que en adelante me acordareis al menos una virtud, la generosidad... La leccion que os doy aquí á solas, os la habria podido dar públicamente, y no lo he hecho porque no he querido trataros como un hombre de quien una se venga, sino como un niño rebelde y mal educado que está en edad todavia para corregirse.

MAURICIO.

Quisiera ser capaz de la perseverancia heroica que me suponeis... pero os confieso que la aplicaria á un objeto... diferente.

MAGDALENA.

Ultrajar no es responder, y en todo caso ultrajar á una dama no es propio de un hombre.

MAURICIO, levantándose.

Perdonadme, Magdalena; muy lejos está de mi mente el ofenderos... pero quizá debeis tolerar un poco de mal humor en un hombre á quien despiertan á las dos de la mañana para hacerle sufrir una ejecucion tan mortificante como inexplicable.

MAGDALENA.

¡Inexplicable! ¿Es verdad, sí ó no, lo que os he dicho? ¿Me habeis llamado vampiro? ¿Me habeis evitado?... ¿Porqué evitarme?... ¿Es natural en vuestra edad?... ¿Y porqué os ocupabais de mí?... ¿Quién os dió semejante encargo?... Vamos, confesadlo francamente... me amábais... y os prometiais alcanzar mi amor á fuerza de extravagancias.

MAURICIO.

Voy á ser franco, pues. No os amo, Magdalena; sois sin duda lo que han querido que seais muchas circunstancias independientes de vuestra voluntad; pero de todos modos, la desgracia mayor que podria sobrevenirle á un hombre honrado, seria el amaros. He querido evitar tal infortunio á los dos seres que mas me interesan en el mundo, al conde Juan y á vuestro servidor. Hé ahí la explicacion de mi sistema; he querido alejar al conde de vuestro lado, y por lo que á mí toca, os evité, pues no habia vivido ni sufrido aun bastante en aquel tiempo para estar seguro de mí como lo estoy en el dia.

MAGDALENA.

Segun eso, ¿estábais enamorado de mí definitivamente?

MAURICIO.

No, pero tenia miedo de estarlo.

MAGDALENA.

Nada significa esa distincion... El amor existe ó no existe.

MAURICIO.

El amor es un poco como el cólera; todo está en acudir á tiempo.

(Se concluirá.)

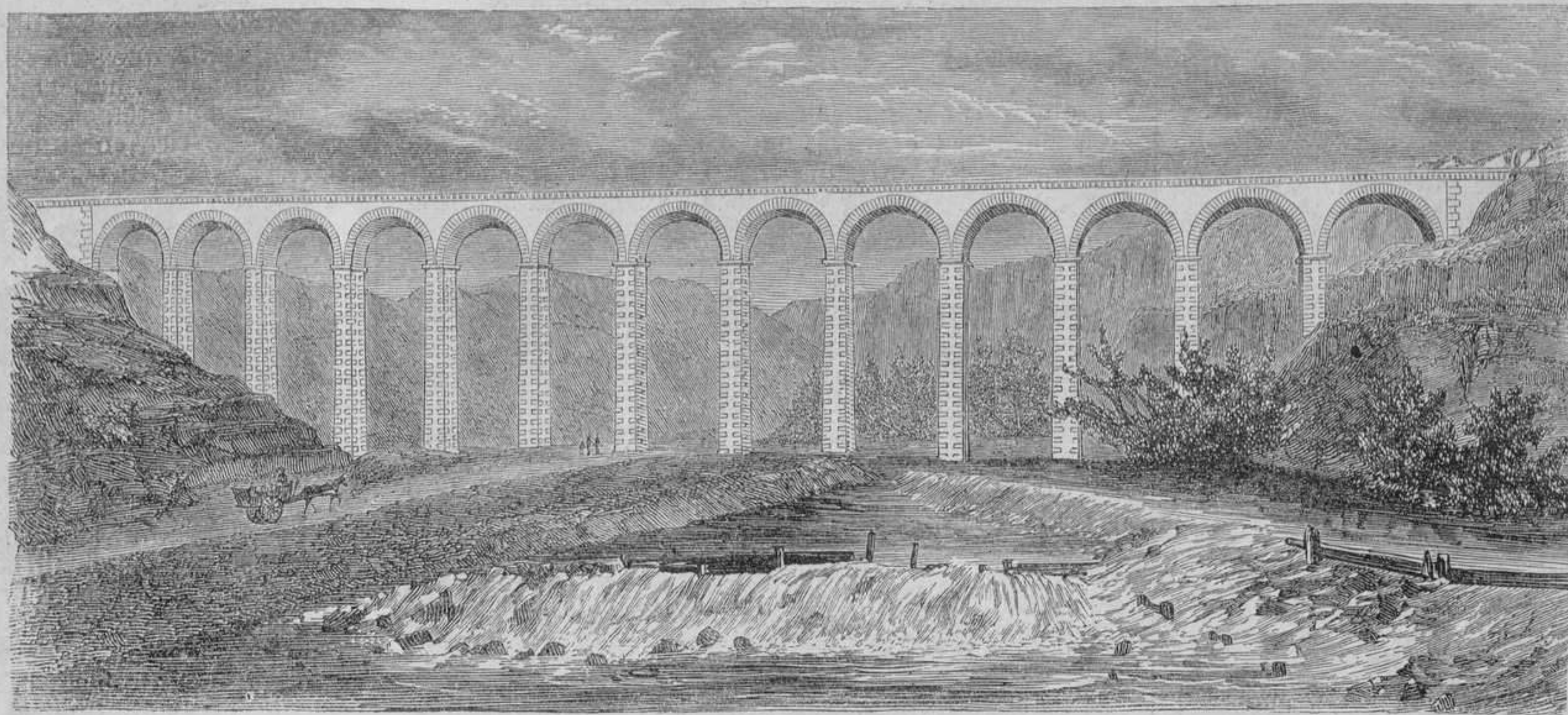
Vaucluse.

El viajero que sale de Aviñon por el nordeste, sigue un camino sembrado de bellezas naturales sumamente graciosas y pintorescas. Este territorio es interesantísimo. Lugares admirables adornados con las ricas producciones de la naturaleza meridional y el encanto de los recuerdos históricos imprimen un atractivo particular

al hermoso y fértil valle que riegan el Sorgues y el Durance.

Mas allá de Morieres y de Chateaufort, dos aldeas bien edificadas y en una situación risueña, el camino conduce al pueblo de Thor, que ofrece á la curiosidad del arqueólogo y á los estudios del artista un monumento precioso, Nuestra Señora del Lago.

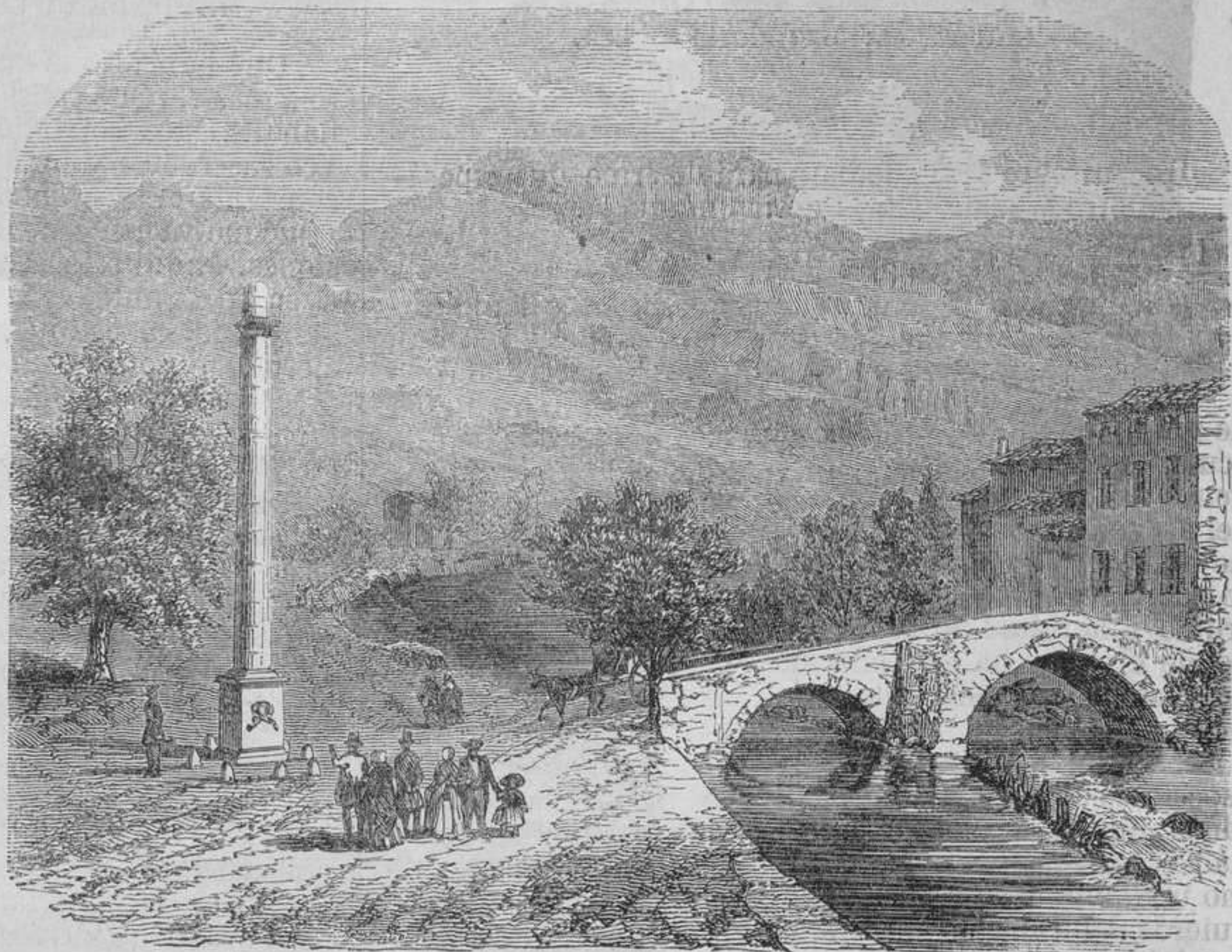
Un poco mas lejos las ruinas del castillo de Touzon, célebre en las guerras religiosas, inspiran pensamientos graves y un sentimien-



El acueducto de Galas.



El palacio de la Baume.



Columna de Petrarca en Vaucluse.

Es una construcción de mucha importancia.

El canal de Carpentras parte del Durance á la falda de la peña de Merindol. Primeramente aprovecha en un espacio de 18 kilómetros el canal de Cabidan Nuevo construido en 1780 á costa de los pueblos de Caillon y de Taillades, y luego en 6 kilómetros toma el de la Isla, construido en 1831 por una sociedad de hacendados.

Al dejar este último atraviesa el camino imperial número 100 de Montpellier á Digne, sigue las colinas del pueblo de Lagnes, y atraviesa el pequeño valle de San Nicolás por un puente acueducto de dos arcos de 11 metros 60 de altura. Luego salva también el valle de Vaucluse y el camino de la Isla por la fuente de este nombre sobre un puente acueducto de trece arcos que lleva el nombre de puente acueducto de Galas. — Esta obra, la mas importante del canal, como hemos dicho, tiene 160 metros de largo, 24 metros 30 sobre las aguas mas altas del rio de Vaucluse, y 5 metros 21 de grueso entre las cabezas. Está formado de trece arcos de 9 metros de abertura. A pesar de la masa imponente que presenta, no costará mas de 130,000 francos. Colocado á la entrada del valle de Vaucluse cuyo nombre justifica (*Vallis clausa*), el puente acueducto de Galas aumenta la belleza del panorama.

Al dejar el valle de Vaucluse el canal de Carpentras se desarrolla sobre la cuesta de las colinas de Saumanes, la Isla, Villeron y Pernes, y atraviesa el baluarte de este último pueblo. Despues pasa el torrente del Nesque por un puente acueducto de dos arcos, y se extiende en las llanuras comprendidas entre Pernes y Carpentras.

Luego se prolonga bajo Carpentras por medio de un subterráneo de 350



Casa de Petrarca.

to triste por las ideas que despiertan.

Por último, el pueblecillo de la Isla, que debe su nombre á su posición en medio de las aguas del Sorgues, se ostenta en medio de los vergeles y agrada por la sencillez de sus hechizos rústicos.

Rodean á este sitio aspectos de un carácter severo que suceden á las pinturas silvestres. Las montañas estrechan el paisaje. El acueducto de Galas, la obra de arte mas importante del canal de Carpentras, atraviesa el valle.

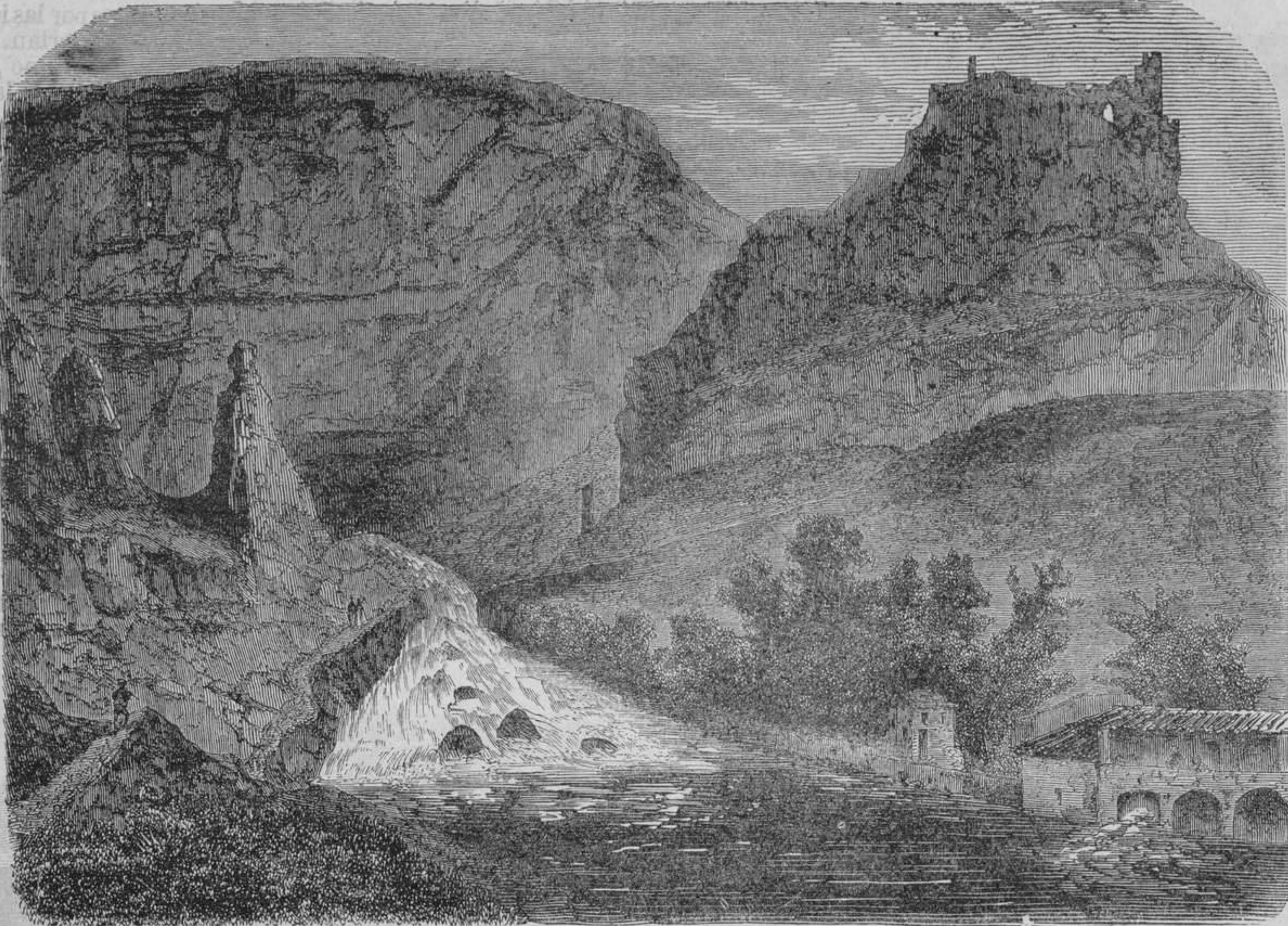
metros de largo, atraviesa el torrente del Lauson sobre un acueducto de dos aberturas, y corre sobre las colinas de Carpentras, Loriol, Aubignan, Beaume de Venise, Vacqueyras y Surriens, atravesando en su trayecto el camino de Carpentras á Orange y los torrentes de Medes, Bregoux y Salettes; Lauchon y Syrel los pasa por puentes acueductos.

En fin, un subterráneo de 1,100 metros conduce el canal á través de la montaña de la orilla del rio Ouvèze. Mas tarde deberá pasar este rio para regar el pueblo de Jonquieres, y probablemente los de Travaillans, Camaret y Orange. El gasto total ascenderá á 2,400,000 francos.

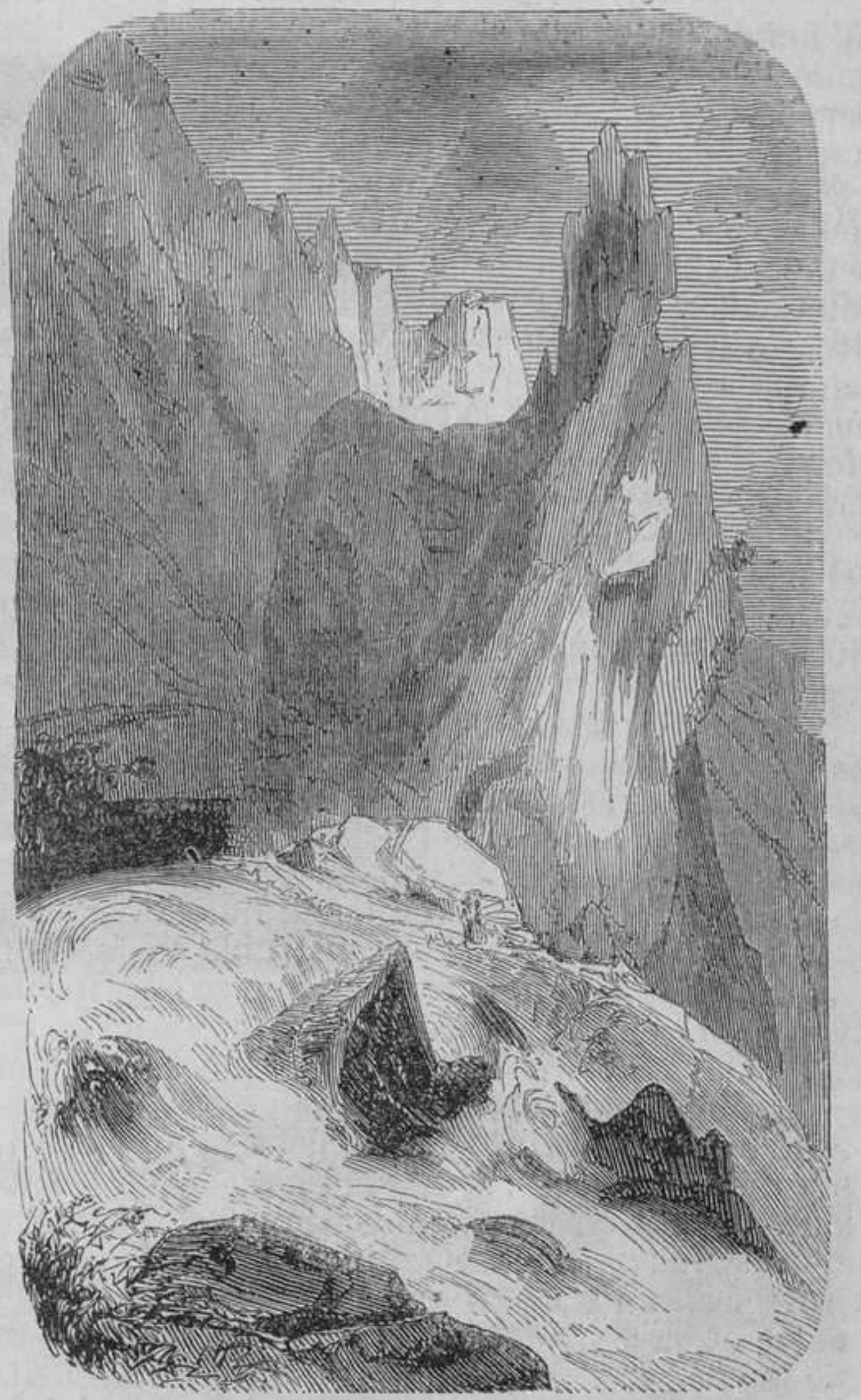
Las obras del canal principal están muy adelantadas.

El canal de Carpentras ha sido construido por una sociedad de propietarios que pagan á prorata de las tierras que quieren regar á razon de 375 francos por hectárea una sola vez. El señor ministro de Obras Públicas ha querido intervenir mediante una subvencion de 200,000 francos. La sociedad está administrada por una junta de 11 miembros, uno para cada uno de los pueblos interesados. Estos miembros se eligen entre los que mas pagan. M. Giraud, notario en Pernes y miembro del consejo general de Vaucluse (hermano del ex-ministro de la Instrucción Pública), es el presidente de la sociedad. Las obras son dirigidas por MM. Perrier, ingeniero en jefe de Vaucluse y contra-ingeniero ordinario encargado del servicio especial de riegos del departamento. A estos se debe la constitucion de la sociedad del canal de Carpentras y la de la sociedad para la construcción del canal de la Isla que funciona desde 1832.

Al salir de la Isla, el camino sigue el Sorgues cuyas aguas corren con un dulce murmullo sobre un cauce



La garganta del Sorgues.



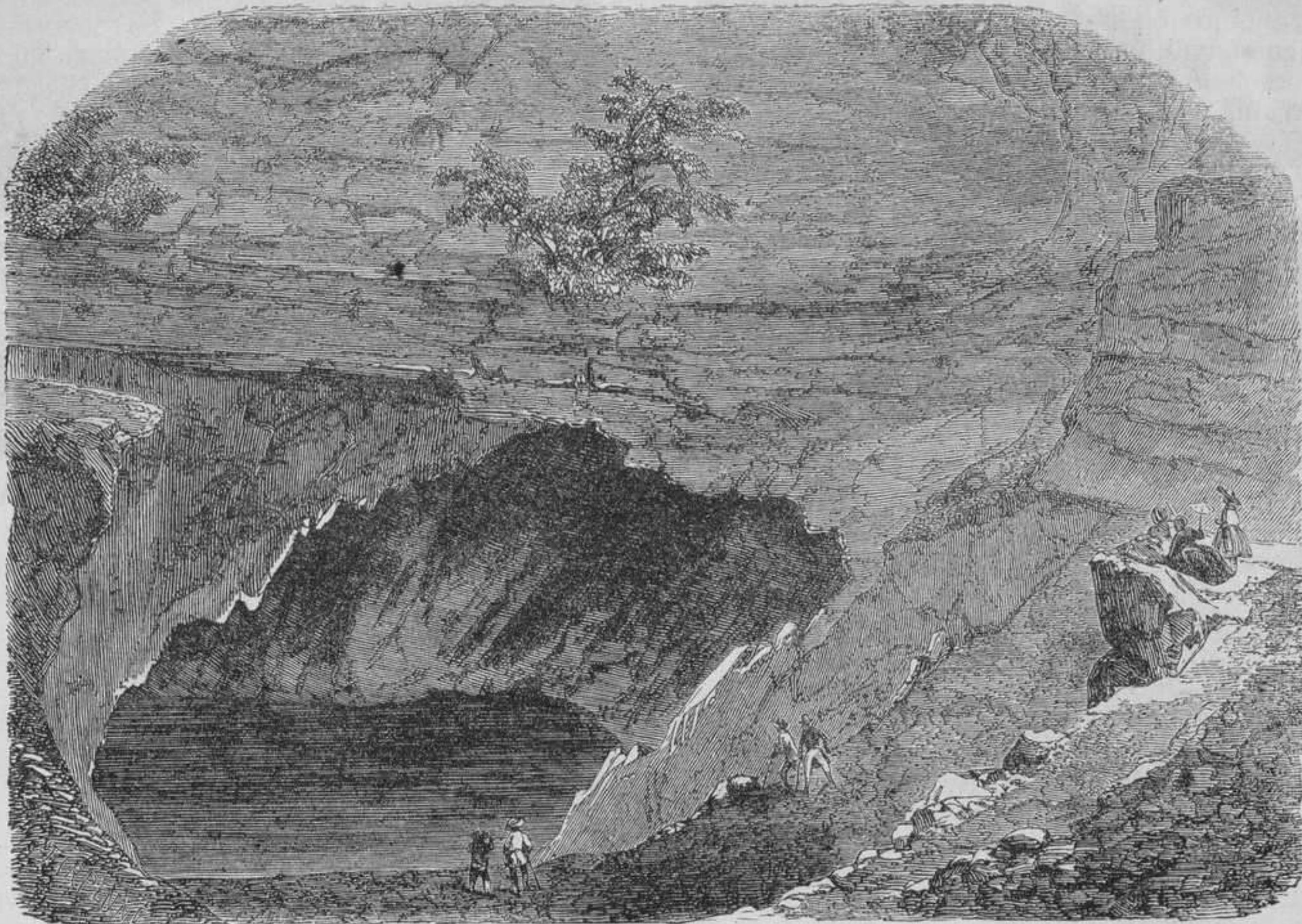
La fuente de Vaucluse.

de guijarros. Hermosas plantas acuáticas crecen sobre las márgenes del río. A poca distancia del acueducto de Galas se detiene uno con placer ante el bonito palacio de la Beaume construido á la mitad de la roca, y donde el arte ha embellecido las gracias naturales de tan hermoso sitio.

Se llega á Vaucluse por una especie de desfiladero. Las montañas que van encajonándose hácia el nordeste, se elevan como una alta muralla á la izquierda del camino mostrando sus áridas crestas.

El efecto de estas masas es imponente y sombrío; forma mucho contraste con el Sorgues que corre á la derecha, y cuyas aguas transparentes y rápidas recuerdan el movimiento y la vida en esas gargantas profundas donde la vida vegetal casi ha desaparecido por completo.

Vaucluse es una aldea poco notable situada á la falda de la montaña de ese nombre sobre la orilla derecha del Sorgues. No es posible visitar esos lugares sin acordarse de Laura y del Petrarca. Una columna conmemo-

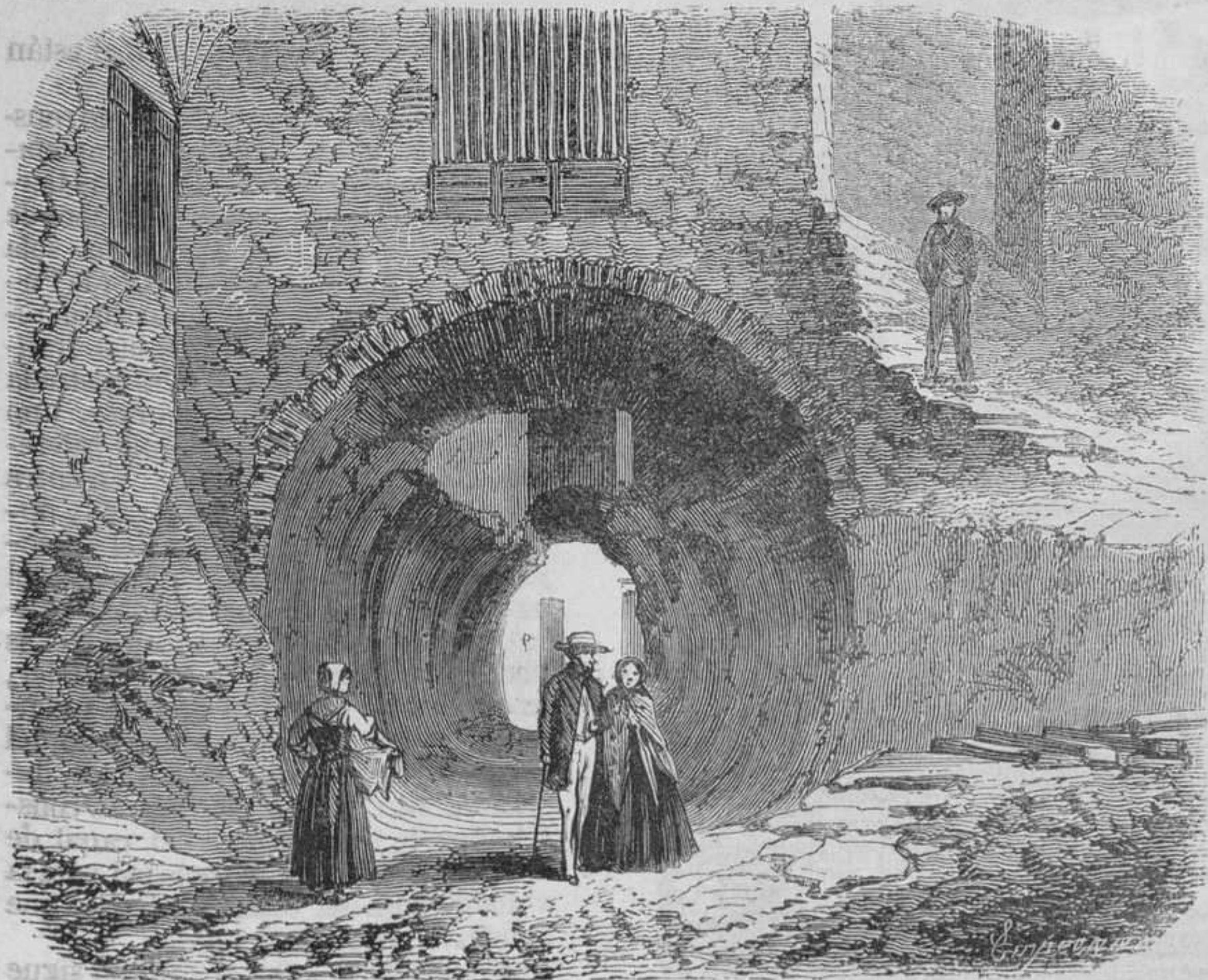


El nacimiento del río en setiembre.

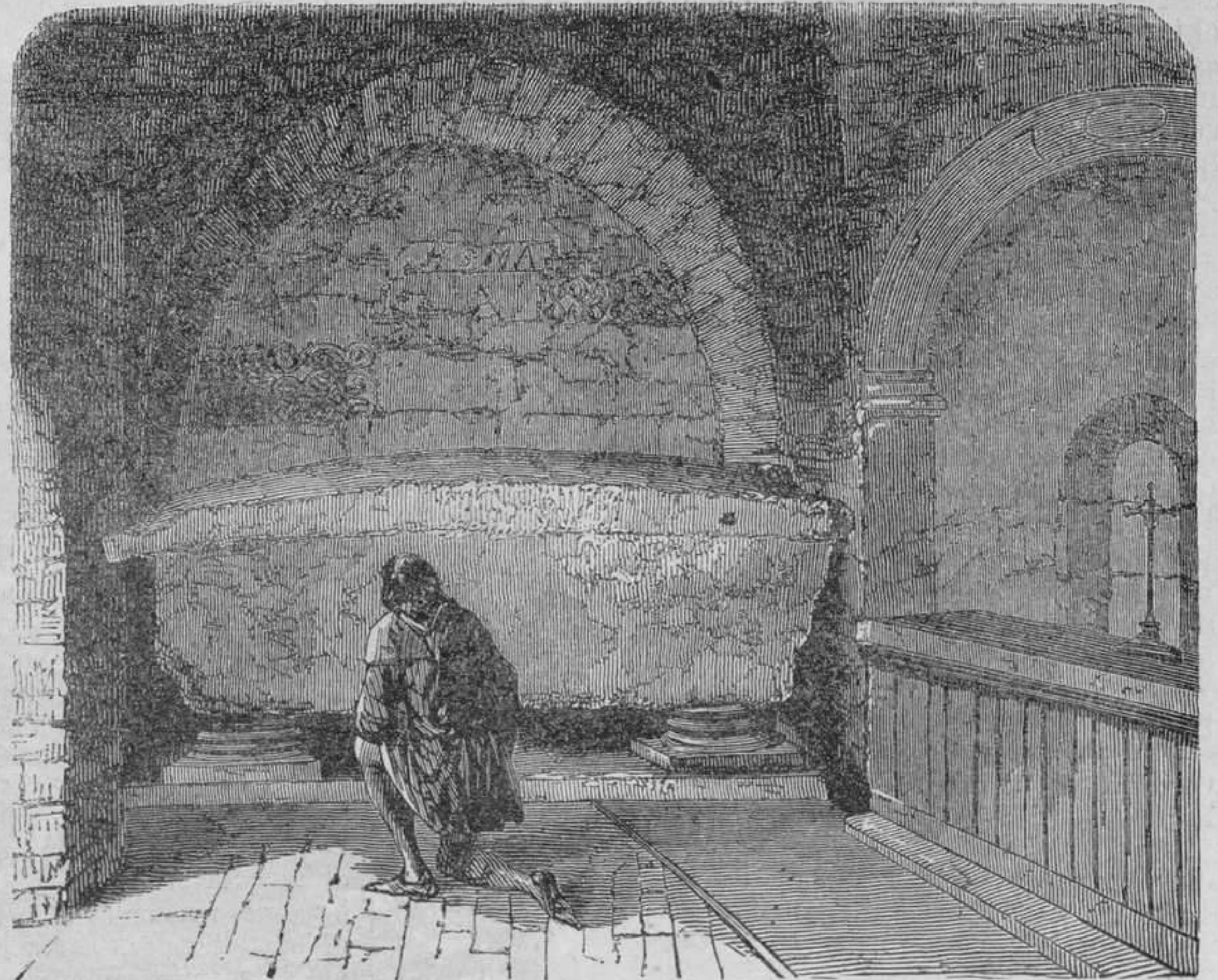
rativa con esta inscripcion: «A Petrarca» recuerda desde luego al llegar á Vaucluse al ilustre poeta que cantó con tanta constancia y de un modo tan poco discreto sus amores con la hermosa Laura.

El Petrarca tuvo la suerte de nacer en un tiempo en que el lenguaje de la pasión estaba exento de circunloquios. Está muy oscuro en la biografía del poeta el punto relativo á su estado. Se tienen razones para pensar que figuró en el orden eclesiástico; pero aunque fué canónigo y archidiacono, parece ser que no obstante las órdenes sagradas, esta circunstancia ha sugerido á los comentadores muchas dudas sobre la persona de Laura: los unos han pensado que bajo ese nombre el poeta habia alegorizado la religion, la virtud y la filosofia, y otros la Italia dominada por la faccion de los güelfos y los gibelinos.

Todas estas suposiciones carecen de verosimilitud. Petrarca se habria apurado menos con sus *Rime* que llamaba las niñerías de su juventud, si el objeto de que se inspiraban hubiese



Túnel romano en Vaucluse.



Sepulcro de San Veran, en Vaucluse.

sido otro que el sentimiento del amor. Con sorpresa consignamos aquí que el poeta que suspiró tan blandamente no supo hallar en su género particular de talento acentos varoniles para cantar la libertad romana, por la cual se apasionó al ejemplo de su amigo Rienzi; prueba evidente de que la musa del Petrarca no fué en realidad más que una musa melancólica alimentada con el falso gusto de su tiempo: así es que descolló en la manifestación de los sentimientos vagos y de los refinamientos de una pasión extática.

La columna que adorna la plaza de Vaucluse fué erigida primitivamente á la entrada de la gruta por donde salen las aguas del Sorgues. Mas tarde, según el deseo de la duquesa de Angulema, fué trasladada al sitio donde está hoy.

La memoria de los dos amantes de Vaucluse está consagrada además por un establecimiento, diremos casi por un monumento de índole distinta; es la posada de *Laura y del Petrarca* que se encuentra en Vaucluse. Su conservación es casi un acto de reconocimiento; Petrarca que cantó cuantas cosas notables tiene el valle, no omitió las ricas truchas del Sorgues, que se sirven en la posada de Laura y del Petrarca.

Vaucluse tiene antigüedades de mucho valor. La capilla de San Veran que recomienda una devoción particular de los habitantes, fué construida sobre los restos de un antiguo templo romano que se cree fué dedicado al Genio de la fuente de Vaucluse.

M. Tirpenne, autor de los dibujos que acompañan á este artículo, asegura haber visto en casa de un pintor de Aviñon un magnífico torso, del estilo griego mas puro y de la mejor época, que fué hallado en las excavaciones hechas en las cercanías de la capilla.

Se puede juzgar de la magnificencia del templo primitivo por algunos restos que se conservan en Vaucluse, entre otros los fragmentos incrustados en los muros de la iglesia, y un hermoso capitel corintio hallado en el cauce del Sorgues y colocado hoy en el jardín del presbiterio.

Pero volvamos á San Veran. Este santo hombre fué uno de los mas famosos taumaturgos del siglo VI. Padrino del rey Teodorico, parece fué un negociador muy hábil, y además una de las luces de los concilios de la época. Mientras ocupaba la silla episcopal de Cavailon, el país fué devastado por un dragon que ocasionó grandes destrozos en los campos, entre los ganados y las poblaciones.

San Veran, animado por su confianza en las armas espirituales de la fe y de la protección de Dios, atacó al monstruo y le dominó; el dragon vencido se dejó encadenar y conducir por el santo obispo á la montaña de Lubaron distante unos 12 kilómetros.

Un triunfo tan brillante y en el cual se manifestaba de un modo tan ostensible el favor del cielo, fundó la reputación de santidad del piadoso obispo cuya memoria se venera en todo el valle.

De Vaucluse al nacimiento del Sorgues que llaman la fuente de Vaucluse, hay un kilómetro. El camino es un sendero estrecho sobre la orilla derecha del rio cuya corriente impetuosa detenida por los guijarros se divide en filetes de plata, y va á formar una masa contenida por diques que atraviesa en ondas cristalinas.

En la orilla izquierda del Sorgues se distinguen sobre la cumbre de una roca escarpada, unas ruinas á que han dado el nombre de castillo de Petrarca; son las del antiguo castillo fuerte de los obispos de Cavailon en el tiempo en que los obispos reunían el poder secular al espiritual.

El poeta de Arezzo fué recibido en esa morada donde vivió en la intimidad del obispo Felipe de Cabessol, y la descripción que nos ha dejado sobre esa residencia, no permite duda ninguna acerca de su identidad. Así pues impropriamente llaman á esas ruinas castillo del Petrarca.

Para llegar á la casa del Petrarca se pasa bajo la roca abierta por los romanos con el fin de conducir las aguas á Arles por un canal. Aun se encuentran el vivero y el jardín que cultivaba, y en este jardín un laurel que sería el último de la colección que el poeta habia formado de todos los laureles conocidos entonces, y que estimaba sin duda como el símbolo de su amor á la hermosa Laura. En ese retiro lloró á su amiga, y compuso la última parte de su *Canzoniere*, monumento inmortal de su larga pena.

La fuente es una de las curiosidades naturales mas sorprendentes y dignas de admiración. En el fondo de la garganta formada por la cadena del Ventoux, en el Lubaron, se eleva una roca vertical á 654 metros sobre el nivel del mar. Una excavación profunda reina en las entrañas del monte, y de ese lugar subterráneo se escapa el Sorgues. Aun no se ha sondeado la profundidad de ese abismo alimentado por canales invisibles. En el equinoccio de la primavera y cuando se derriten las nieves, la masa de las aguas se levanta, hierve y se precipita fuera con estrépito, atravesando impetuosamente los diques que ella misma forma, y saltando en cascadas al cauce que se ha formado.

Las creencias populares excitadas por la grandeza de ese espectáculo sublime, debieron poblar esos lugares de fantasmas, y así es que imaginaron que la figura de Laura erraba entre esas escenas naturales, lánguidamente apoyada en el brazo del poeta, embriagada con su incienso y la suave armonía de sus versos; — ¡poder del genio que ha hecho revivir la imagen de la que llenó su vida con las ilusiones de un amor extático!

F.

El Rey y el Hombre (1).

Nacido Carlos III de la aristocracia, de la clase media ó del pueblo, su mente clara, su carácter noble y apacible, y su corazón recto y bondadoso le hicieron sobresalir entre sus iguales. Hijo de rey, y pasando de trono en trono á Parma, Nápoles y España, su aparición fué en todas partes signo de ventura; pues como supo siempre elegir personas entendidas y honradas que le ayudaran con sus consejos, y sostenerlas contra las intrigas de corte, y las grandes relaciones de la justicia y del bien público le eran geniales, todos los gérmenes de prosperidad fructificaban á su sombra. Sin mas norte que el de la felicidad de los vasallos, grande fin de toda soberanía, en su carrera benéfica y regeneradora templaba el anhelo por reformar abusos con la ternura solícita de padre, atendiendo á la inteligencia de los hijos, graduando la instrucción que les daba y los bienes que les hacia, fiando del tiempo y de la experiencia adelantos de mayor bulto, y prefiriendo el no completar su fortuna á que la adquirieran con repugnancia. Al simple cotejo de sus providencias y de sus designios para lo futuro, se advierte la escrupulosidad con que se proponía contentar á sus vasallos, al mismo tiempo que los beneficiaba, y librarles de algunas preocupaciones, sin chocar de plano con todas.

Ciertamente la parte principal de la honra de tan memorable reinado pertenece á Carlos III de justicia. Con razón, al despuntar su edad juvenil, y ensayando su aptitud para la difícilísima ciencia de gobernar á las naciones, le habia imbuido el marqués de Tanucci la máxima de que los hombres son marciales ó pacíficos, magnánimos ó ruines, ilustrados ó industriosos ó rudos y holgazanes, y buenos ó malos en suma, á tenor de la voluntad del que reina. Cada forma de gobierno ofrece un incentivo especial para quienes aspiran á los puestos mas altos: como lo fué en Grecia y en Roma el de los aplausos del foro, y venia siéndolo ya en algunos países modernos el de los sufragios de las elecciones populares, no puede ser otro bajo las monarquías absolutas, donde con mas ó menos docilidad ó resistencia, todo se mueve hácia donde empuja el soberano, que el de obrar según sus miras y deseos para captarse plenamente su voluntad y no decaer de su gracia. Muy celoso Carlos III del bien público, y promoviéndolo perseverante, y depositando siempre la mayor confianza en los que le parecían mas capaces de procurarlo con todas veras, ninguno de sus ministros ignoraba la manera de complacerle, y todos se desvivían de continuo por la ilustración y ventura de España, segurísimos de que al sostener una competencia tan noble, aumentaban su valimiento cerca del trono, se cubrían con el escudo de mejor temple contra los tiros de la envidia, y eran bien quistos aun de los mismos cortesanos.

No hay manera de describir las cualidades de tal monarca si la pluma del historiador no se atempera al lenguaje del panegirista, aun á riesgo de que la voz de la verdad suene á cacareo de lisonja. Rasgos de aquel semblante benévolo y majestuoso nos han dejado el pincel de Mengis y el buril de Carmona; y aunque le desfiguraron no poco ciñéndole al cuerpo guerrera armadura, se descubre en su fisonomía la grave afabilidad con que se granjeaba el cariño de todos, é infundía á la vez amor reverente y alentadora confianza. De estatura mediana era y de complexion muy robusta, bien proporcionado, y mas enjuto que envuelto en carnes, blanco de cuerpo y curtido de rostro y manos, como que se exponía cotidianamente á la intemperie. Su traje habitual de invierno consistía en casaca de paño de Segovia de color de corteza, chupa de ante galoneada de oro, y calzon negro de lo mismo y de la fábrica de Aravaca, sombrero á lo Federico II, chorrera de encaje en la camisa, pañuelo de batista al cuello, guantes de ante, medias de lana, y sobre ellas botines cuando salía al campo: por el verano las medias eran de hilo, la casaca de camelote, y la chupa de seda azul de Prusia con galon de plata. En mas de treinta años no le tomó el sastre medida para ninguna prenda, y juzgaba que los vestidos estrechos encierran á los hombres en las presiones de la moda. Le martirizaba estrenar algo, y conociéndolo sus inmediatos servidores, siempre que habia de mudar de sombrero le colocaban el nuevo junto al viejo, y allí solía quedar mas de una semana, hasta que tomaba aquel y le escondían este para que no volviera á usarlo. Sobre la chupa de ante ó de seda se ponía casaca muy rica, y á veces con botonadura de brillantes, los dias de gala ó de ceremonia; se la abrochaba de arriba abajo, y no bien concluía la fiesta ó besamanos, iba á su cámara, y despojándose de aquel estorbo, daba un gran suspiro y exclamaba: ¡Gracias á Dios! como quien se descargaba de un gran peso. Gustábale, no obstante, la pulcritud, hasta el extremo de no poder tolerar una mancha, y se incomodaba si le rompían, al desnudarle, el encaje de la camisa, bien que su enojo no pasara de decir al gentil hombre desafortunado con su hablar algo presuroso: ¡Poca maña, amigo, poca maña!

Su vida se distinguía por lo rigurosamente metódica: en el Pardo desde el 7 de enero hasta la víspera del do-

(1) Tomamos este cuadro en que se retrata al mejor de los reyes finados de la familia de los Borbones, y á uno de los hombres que con mas razón merecerían el dictado de buenos, de la «Historia del reinado de Carlos III en España,» una de las obras mas notables que se han publicado en Madrid en los últimos tiempos, aunque suprimiendo las numerosas notas que le acompañan en el original, porque alargarian demasiado su publicación en nuestro periódico.

mingo de Ramos; en Aranjuez desde el miércoles de Pascua de Resurrección hasta fines de junio; en Madrid hasta mas de mediado el mes siguiente; en San Ildefonso hasta entrada octubre; en San Lorenzo hasta primeros de diciembre; y otra vez en Madrid hasta pasada la Epifanía. De Aranjuez, antes de terminar abril iba á Cuerva á caza de gatos monteses; y de Madrid, entre la Concepción y Nochebuena, á Aranjuez á caza de chochas.

En todo tiempo le despertaba á las seis menos cuarto de la mañana su ayuda de cámara don Almerico Pini, que dormía en una pieza inmediata á la suya; y luego de levantado se quedaba solo y oraba hasta las siete menos diez minutos, en que entraba á saludarle el sumiller de corps, duque de Losada. A las siete salía á la cámara, donde le aguardaban médicos, cirujano y boticario entre los de la servidumbre: allí se lavaba, vestía y tomaba chocolate, sirviéndoselo un antiguo criado suyo, Silvestre de nombre, á quien siempre decia algo cuando le volvia á llenar la taza, despues de acabada la espuma. De allí pasaba á misa al oratorio, y luego al cuarto de sus hijos, de donde volvia á las ocho al suyo, para encerrarse á trabajar solo hasta las once, hora en que el principe de Asturias y los infantes llegaban á pasar en su compañía un rato breve, tras del cual recibía á su confesor fray Joaquin Eleta. Seguidamente se presentaba en la cámara, y despues de hablar cortos momentos con los embajadores de Nápoles y Francia, hacia seña para que pasaran los de las demás naciones, los cardenales y algunas otras personas de gerarquía. A las doce comía en público, bendiciendo la mesa el arzobispo de Toledo: durante la comida hablaba el rey alternativamente á unos y á otros, y acabada, se hacían las presentaciones de los extranjeros, y besaban la mano los españoles obligados á ello por gracias, despedida ó llegada. Vuelto á la cámara, platicaba á veces media hora con los miembros del cuerpo diplomático y los cardenales, brillando en aquel alto círculo cotidiano la conversacion apenas y el agrado majestuoso del monarca; pues á todos se dirigía halagüeño, y variaba de asunto con todos, y de manera que cada cual se daba por distinguido personalmente; «prueba bien positiva de su gran bondad y conocimiento del corazón humano, sin el cual nadie puede gobernar bien los hombres.»

Apenas despedía á los admitidos á tal honra, ó despues de dormir una hora de siesta, si era verano, salía hasta el anochecer de caza, y á su vuelta le esperaba toda la familia real. Luego de dar el santo y el orden para el dia siguiente, despachaba con el ministro á quien correspondía por turno; y si al acabar el despacho le quedaba tiempo, se distraía jugando al revefino hasta las nueve y media de la noche, que cenaba privadamente. Un cuarto de hora ó veinte minutos rezaba á solas despues de la cena: concluidas sus devociones tornaba á la cámara para desnudarse; y por último, se recogía, acompañado del sumiller de corps y de Pini, entre las diez y media y las once.

Esta regularísima distribución de horas no se alteraba sino los dias en que, por haber de comulgar, se levantaba á las cinco de la mañana; ó aquellos en que desde el palacio de Aranjuez, y mas del de San Ildefonso, iba de pesca al Tajo ó al Eresma con la fuerza del sol, al cual podia mirar fijamente y sin resentirse de los ojos; ó por Carnaval, en que solía comer de campo y decir alegre: *Estos son mis bailes.*

Profesando, como su bisabuelo el gran Luis XIV, la máxima de que «la puntualidad es la cortesía de los reyes,» fijada la hora para cualesquiera actos ó ceremonias, viósele aguardar muchas veces el minuto preciso mirando el reloj, ó con la mano sobre el picaporte de su cuarto, y conseguir que no se le esperara nunca. Solo por la mañana salía á vestirse algunos dias tres ó cuatro minutos antes de las siete, seguro de encontrar á los de la servidumbre: si por casualidad llegaba alguno estando ya fuera y sin dar la hora, achacábase la culpa el rey por haber anticipado la salida: si llegaba despues y era de los puntuales, disculpábase suponiendo risueñamente que se habria retardado por encontrar al Santísimo Sacramento en el camino, ó por embarazárselo las carretas; y si era de los que acostumbraban á descuidarse, ni le dirigía la palabra, cuya indiferencia sonaba como sensibilísima reprensión para los que, tratándole de cerca, sabían lo expansivo y familiar de su genio.

Sin duda el que no degenerara en hipocondríaco, á semejanza del de su padre y el de su hermano, debiólo á la circunstancia de preferir al apoltronamiento el ejercicio de la caza; costumbre higiénica tachada injustamente por algunos como pasión que le dominaba y hacia descuidar la gobernación del Estado. Tan solo como regla para conservar la salud dedicaba á cazar algunas horas, y así y todo se le oían estas palabras: «Si muchos supieran lo poco que me divierte á veces en la caza, me compadecerían mas de lo que podrán enviarme esta inocente diversion... Si supiera que en la única diversion que tengo de la caza pecaba, aun venialmente, desde luego mandaría hacer pedazos los instrumentos y escopetas.»

De su fe ardorosa y piedad acendrada abundan sobremanera los testimonios. Por el de su antiguo confesor fray José Bolaños se sabe que, instándole, recién llegado á Nápoles, fieles servidores para asegurar su real persona, á causa de haberse descubierto una conjuración fraguada con objeto de envenenarle, contestóles tranquilamente: «Yo solo cuido de no desagradar á Dios; á los demás corre de cuenta suya. No hay cosa mejor que lo que dispone el Amo, ni hay mejor padre de familias que Dios... Cuanto tengo es de Dios, y el hombre de suyo no es mas que miseria,» eran frases que pro-

nunciaba muy á menudo. « No sé (dijo á un prelado) » cómo hay quien tenga valor para cometer deliberada- » mente un pecado, aun venial: yo todas las noches » hago exámenes de conciencia, y si le hallara en mí, no » me acostaría sin confesarme primero. » — Todas las pascuas y festividades de la Virgen y de los principales misterios religiosos y de algunos santos de su particular devoción, como san Genaro, frecuentaba el sacramento de la Eucaristía. Verle asistir á misa en capilla pública ó en su oratorio y á los demás actos solemnes de la religion santa edificaba á todos; y si la fe pudiera descubrirse con ojos materiales, en ninguna ocasion se hacia mas visible que cuando aquel respetable anciano tenia á sus nietos en los brazos sobre las fuentes bautismales, pues era una simbolizacion viva de la inefable beatitud representada en el rostro de los antiguos patriarcas. Ya se hizo mencion bastante de las conexiones que tuvo en Sevilla con el lego franciscano fray Sebastian de Jesus Sillero. Este siervo de Dios pasó de esta vida el mismo año en que Don Carlos se coronó rey de Nápoles y de Sicilia, y desde entonces le puso como intercesor y medianero para con el Omnipotente en sus oraciones privadas. Cuando ascendió al trono de España, afanóse por la beatificacion de aquel religioso. A los de su órden y convento encargó que escribieran su vida, y al cardenal de Solís, arzobispo hispalense, que de los festigos oculares adquiriera cuantos datos le fuera posible para entablar la causa en Roma. Con título pomposo y sin ningun discernimiento compuso fray Cristóbal Moreno la vida del hermano Sebastian á nombre de los franciscanos de Sevilla. No satisfizo á la piedad ilustrada de Carlos III aquella sarta de milagros, atribuidos al ejemplarísimo lego sin otro apoyo que el de los decires vulgares, y por conducto de su ministro de Gracia y Justicia mandó que se escribiera otra historia con seguridad y fundamentos auténticos, de modo que contribuyera á la misma causa y á la edificacion y provecho de los fieles « con la verídica relacion de sus virtudes y acciones dignas de imitacion y de ejemplo. » Puntualmente desempeñó el cardenal de Solís su encargo, reuniendo gran número de declaraciones que se presentaron á la congregacion de Ritos; y bien que no consiguiera el soberano que se venerara á tan pio religioso en los altares, tuvo ocasion de acreditar sinceramente la reverencia que le infundia su memoria. « Aquella pasion, ó llama- » mientos frenesi, que tienen muchos de querer que » todos piensen como ellos, que es lo que ha producido » los excesos de odio entre religion y religion, y de per- » secuciones atroces dentro de una comunión misma, » nunca fué del gusto de Carlos (dijo un contemporáneo » de nota): su voluntad le inclinó siempre á aquella » justa tolerancia, que compadece los errores del prójimo » mo sin aprobarlos: el exceso de la persecucion, como » efecto de un amor propio desordenado, era muy con- » trario de su carácter; y aunque los hombres en gene- » ral, cuando dejan de temer, inmediatamente quieren » ser temidos, y quien no puede ser perseguido gusta » de ser perseguidor, Carlos prefirió siempre el amor al » odio, y la dulzura á la violencia; y aun cuando la ne- » cesidad le forzaba al castigo, suavizaba este con cuan- » tos temperamentos permitia la justicia. »

Ingenualmente declaraba Carlos III que no hacia memoria de haber faltado á la verdad nunca; y así juzgaba que, aun cuando la buena fe desapareciera del mundo, deberia hallarse en los palacios de los reyes; y el mas ligero delito le parecia grave en habiendo por medio falsedad, ficcion ó mentira, y se preciaba de ser fidelísimo á su palabra, sin limitarse exclusivamente á los asuntos políticos ni á la inalterable fe de sus tratados con las demás naciones. Hasta ridiculizando su creencia en la liquidacion de la sangre de san Genaro, ha escrito un enciclopédista: « Explique el milagro quien guste; » mas fuerza es creerlo, pues segun el buen Lafontaine, » un rey nunca miente; y Carlos III merecia este elogio » mas que otro alguno. »

« Padre prior (dijo cierto dia al del monasterio de San Lorenzo el soberano, gracias á Dios, yo no he conocido nunca mas mujer que la que Dios me dió: á esta » la amé y estimé como dada por Dios; y despues que » ella murió, me parece que no he faltado á la castidad, » aun en cosa leve, con pleno conocimiento. » Así hay quien note que de ningun otro monarca se cuenta haber pasado veinte y ocho años de su vida sin esposa ni dama, y que solo disfrazado se podia acercar impunemente el libertinaje á su trono. Trece hijos tuvo en veinte y dos años de casado; á los cuarenta y cuatro quedó viudo, y pasar á segundas nupcias rehusó constantemente. Dura como una piedra era su cama, y saltando á veces de ella á deshora, paseábase descalzo por el aposento en que dormia, para resistir y vencer las tentaciones de la carne.

« Ni la sátira, ni la malignidad cortesana, que es un » Argos para descubrir y aprovecharse de las flaquezas » de los monarcas, tuvieron en qué cebar sus especulaciones envenenadas, no obstante que contasen á Carlos las todas las acciones, los movimientos y hasta los res- » piro. »

No porque sus virtudes fueran tan limpias degeneraba en escrupulos nimios y extravagantes mojigateres; antes bien « gustaba de chancearse, y aun á veces entraba » en chanzas que, no limitándose al matrimonio, parecian singulares y no de las permitidas; pero que, » no saliendo nunca de estos limites, ni teniéndolas sino con las personas casadas y hablándoles de sus propias mujeres, y de si tenian ó no sucesion de ellas, » hallaba su naturalidad y pureza de alma no poder interpretarse de otro modo. »

Tan jovial y de buen humor era, que en su interior,

y aunque muy de paso, remedaba la traza y el gesto de quien le placia, para lo cual estaba dotado de especial gracia, no dando vado por decoro á esta propension de su genio, y conociéndose que trabajaba por reprimirla. Siempre tuvo gran penetracion y viveza, y se le descubria hasta en la facilidad para enterarse de cuanto en su rededor acontecia con el rápido sesgo que daba á las niñas de los ojos, sin menear ni aun ligeramente la cabeza. Jamás salió mala palabra de sus labios, ni montar en cólera se le vio una vez sola, pues siendo proverbial la dulzura y suavidad de su trato, mostrar rostro serio le bastaba para hacer impresion muy profunda en quien merecia su enojo.

Varias anécdotas referidas por Fernan Nuñez, como testigo de vista, retratan muy al vivo el natural excelente de Carlos III, y nada mejor que trascribirlas á la letra. « Su afabilidad con las gentes mas humildes que » le servian era tal, que en la Granja, viendo un dia el » duque de Arcos, capitán de Guardias, que una mujer » del campo se acercaba á hablarle con demasiada familiaridad, la queria hacer apartar, y el rey le dijo: « Dé- » jala, Antonio, es mi conocida, es la mujer de Fulano, » que era uno de sus monteros. Un dia le servia la copa » un criado anciano, y no sé porqué acaso le estuvo es- » perando gran rato sin traerle de beber: el marqués » de Montealegre enfadado de ver á S. M. esperarle tanto » tiempo con las manos cruzadas, luego que le vió apa- » recer, aunque venia á su modo á carrera abierta, le » hizo señas de enojo; y el rey, que lo presumió y vió » de reojo, como solia, le dijo: « Montealegre, déjale al » pobre. ¿ Te parece que no lo habrá sentido él mas que » yo? » « El interesado y todos los que lo oimos queda- » mos edificados y llenos de ternura y amor á tan digno » soberano. Reflexiónese cuán diferente hubiera sido en » nosotros el efecto de un enfado del rey, con el cual no » hubiera enmendado ciertamente lo pasado. Nombra- » ba para cada jornada cuatro gentiles hombres de cá- » mara, entre los cuales habia dos ó tres que, el uno » por su torpeza natural, el otro por su continua tos y » gargajeo, y el otro por lo que le olia la boca, eran su- » mamente desagradables para tenerlos á su lado en » una servidumbre íntima. Parece que la desgracia que- » ria que estos hombres rabiasen por servir al rey; y » S. M., por reconocimiento, los nombraba muy á me- » nudo, no obstante las representaciones que le hacia el » sumiller duque de Losada, al cual respondia: « Déja- » los, hombre. Los pobres tienen tanto gusto en ello! »

Ya diera ascensos ó se negara á admitir renunciaciones, procedia naturalmente de manera adecuada á cautivar los ánimos de todos. Por junio de 1767 asistió á unas maniobras militares que en los altos próximos á la ermita del Angel hicieron algunas de sus tropas, entre las cuales se hallaba el regimiento de infanteria inmemorial del Rey, de que el conde de Fernan Nuñez era primer jefe. Despues fué este á hacer la corte al soberano, y hallóle quitándose la casaca para recogerse á dormir la siesta. « No habia allí (escribe el interesado) mas que » tres ó cuatro gentiles hombres y jefes; pero ninguno » de ellos era militar. Se encaró á mí S. M., y empezó » á alabar las maniobras, y particularmente á mi regi- » miento, á lo cual manifesté la debida gratitud. Pasado » un corto rato, dijo: Señores, aquí tienen Vds. un nuevo » brigadier. Yo estaba tan admirado y distraído, que no » hice en ello el menor alto; de modo que dirigiéndome S. M. la palabra me dijo: ¡ Hombre! ¿ Dónde estás? » ¿ A quién puedo yo haber hecho aquí brigadier sino á tí? » No solo yo, sino el duque de Santisteban y cuantos » se hallaban presentes, le besaron la mano por la gracia y el modo amistoso y honorífico con que la habia » conferido. »

Desde que el corregidor don José Antonio de Armona estuvo enfermo y á la muerte, no hizo mas que asediar al conde de Floridablanca para que se le relevara del cargo: ofrecióle el ministro ir proporcionando la pretension poco á poco; no sin exhortarle á la paciencia, pues consideraba que el rey se opondria á su separacion del corregimiento, aunque para inspirarle confianza de que no quedaria por su parte, explicósele de este modo: Yo soy hombre de bien, y al que no quiero servir, nunca le doy palabra. Como sin lograr su deseo pasaban dias, aprovechó el corregidor el de despedir al monarca á mitad del camino del Pardo el 7 de enero de 1787, y mientras mudaba de tiro, expúsole humildemente algunas frases acerca de sus años de servicio, su salud ya deteriorada, la imposibilidad de llevar el peso de las obligaciones públicas, y su afan por otro destino que reclamara menores cuidados. « S. M., que me oyó atento (escribe Armona), me dijo estas palabras: « Mira, mas » viejo estoy yo que tú y voy trabajando: Dios nos ha » de ayudar; tú ya estás mejor; cuidas de Madrid, y » hasta ahora nadie se queja de ti. » — Con esto, incli- » nando mi cabeza con profundo respeto, dí gracias á » S. M., y le repetí: — Señor, dignese V. M. de atenderme con su real piedad, pues tengo crecida familia » de mujer é hijos. » — Me hizo algunos signos de ca- » beza, que indicaban su atencion y agrado, y arrancó » el coche para los puestos de la caza de aquella tar- » de. » Galardones recibió Armona por sus servicios relevantes con una buena pension sobre sus sueldos y con ver además de paje del rey á uno de sus hijos; pero su separacion del difícil empleo que desempeñaba tan popular y dignamente, la esperó en vano un dia y otro.

No solo á las personas que le servian leales, sino á las cosas de que hacia uso, cobraba aficion Carlos III: algunas llevaba desde la niñez dentro de las faltriqueras de la casaca, y la crucecita que le dió fray Sebastian de Jesus siempre al cuello: siendo ya rey de España, le

rompieron la taza de porcelana en que tomaba chocolate desde que en 1731 salió de Sevilla para Liorna, y sintiólo mucho. Su regularidad se observaba en todo, y sin afectacion pequeña ni grande hacia cotidianamente lo mismo.

Si despues del chocolate se abstenia de beber agua, señal era de que necesitaba salir aquella mañana del palacio. Aunque no pecara de gula, por efecto del método inalterable y del ejercicio diario, comia bien, y siempre manjares sanos é iguales. Al suceder en la mayor domia mayor al marqués de Montealegre el duque de Medinaceli, ufanóse este de agasajarle, presentándole mejor mesa: aquel dia pareció el rey como desganado; y al levantarse, dijo á su nuevo mayordomo con paz suma: *Medinaceli, ya lo has visto; no he comido nada.* Dos vasos de agua templada y con vino de Borgoña bebía al comer, cada uno en dos veces, y de la primera llegaba siempre al fin de las armas reales que tenia el cristal grabadas: á los postres mojaba en una copa de vino de Canarias dos pedacitos de pan tostado.

Por la noche, despues de una sopa, tomaba algo asado, generalmente de ternera, un huevo fresco pasado por agua, ensalada con agua azucarada y vinagre, un poco de fruta, y la copa de vino de Canarias en que mojaba el pan á medio dia. Habitual capricho suyo era, ya apurado el huevo, poner hácia arriba en la huevera, muy alta, como de las antiguas, la parte de la cáscara no abierta, y descargarla tan atinado golpe con el mango de la cucharilla, que esta quedaba perpendicular sobre aquella especie de promontorio; y en retirarlo tenia que hacer pruebas de buen pulso el gentil hombre de servicio, para librarse de la zumba que ocasionara su torpeza. Singularidad no menos constante ofrecia á mitad de cena la entrada de los perros de caza, á los cuales repartia pan y rosquillas el capitán supernumerario de guardias, marqués de Villadarias, apoyándose en una mesa, para que no le hicieran dar la vuelta redonda; fracasó que precavia á la par, látigo en mano, don Francisco Chauro, antiguo jefe del guarda-ropa.

De pluma veracísima han brotado las siguientes palabras: « Ofenderia las virtudes de Carlos III con dete- » nerme sobre el sumo respeto que tenia á las leyes, » esta emanacion de la razon divina, y el vínculo mas » estrecho del órden social. Jamás alteró ni interrumpió » su ejercicio, ni aun en las causas que podian interesar » su fisco: queria que se decidiesen con la misma im- » parcialidad que las que le eran indiferentes; y ha- » biéndole consultado, pocos años há, un tribunal cier- » ta transacion, le recordó las obligaciones de su minis- » terio con este decreto, lleno de entereza y dignidad: » Su oficio (decia) es aclarar derechos y no proponer » composiciones; sé perdonar los mios, y no quiero que » nadie me perdone el suyo. »

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(Se concluirá.)

Una borrasca en Bona.

La rada de Bona ha sido siempre muy temible; no hay año que en la presente estacion no ocurra algun naufragio mas ó menos importante. En 1838 se ha continuado la regla general; hé aquí lo que dice una correspondencia particular del 12 de enero:

« Nuestra rada ha tenido esta noche la visita periódica que la hace la borrasca al menos una vez cada año, y siete buques estrellados contra nuestras costas manifiestan una vez mas la necesidad indispensable de la creacion de un puerto que reclaman hace tanto tiempo la seguridad de las muchas tripulaciones que frecuentan estos parajes, y los intereses del comercio que cada dia va tomando proporciones mas vastas.

Durante toda la tarde la mar batia con sus olas furiosas los buques que saltaban sobre sus amarras, y una gran parte de la poblacion ávida de espectáculos conmovedores pudo asistir á esa lucha gigantesca, en la cual los elementos debian necesariamente salir vencedores.

A la caída de la tarde las nubes muy cargadas, el mar mas embravecido cada vez y el viento cada instante mas fuerte, no dejaban ninguna esperanza sobre la suerte de los buques entregados al impetu de la borrasca, y efectivamente á la otra mañana nuestras playas sembradas de restos nos daban á conocer el desastre que una noche horrorosa habia ocultado á los ojos de todos.

Cinco buques no presentaban mas que fragmentos informes; habian perecido en el Casarin despues de haber roto sus amarras.

Hé aquí los nombres de los buques que naufragaron: Vapor *Glaneuse*, capitán Guiol, del puerto de Cète, cargado de materiales viejos, etc.

Bergantin-goleta francés *Jason*, capitán Fouque, del puerto de Seyne, cargado con 120 toneladas de mineral para Bastia.

Bergantin toscano *Amicizia*, capitán Depalma, carbon de leña, aguadientes, etc.

Bergantin francés *Quatre-Frères*, capitán Hermette, del puerto de Cète.

Bergantin francés *Bonne-Desirée*, capitán Audibert, del puerto de Brest.

Bergantin francés *Nicolas*, capitán Combes, del puerto de Ayde.

Bergantin francés *Trois-Sœurs*, capitán Hiblot, del puerto de Marsella. »



Borrasca en la rada de Bona, el 12 de enero de 1858.

El yacht real «el Grillon.»

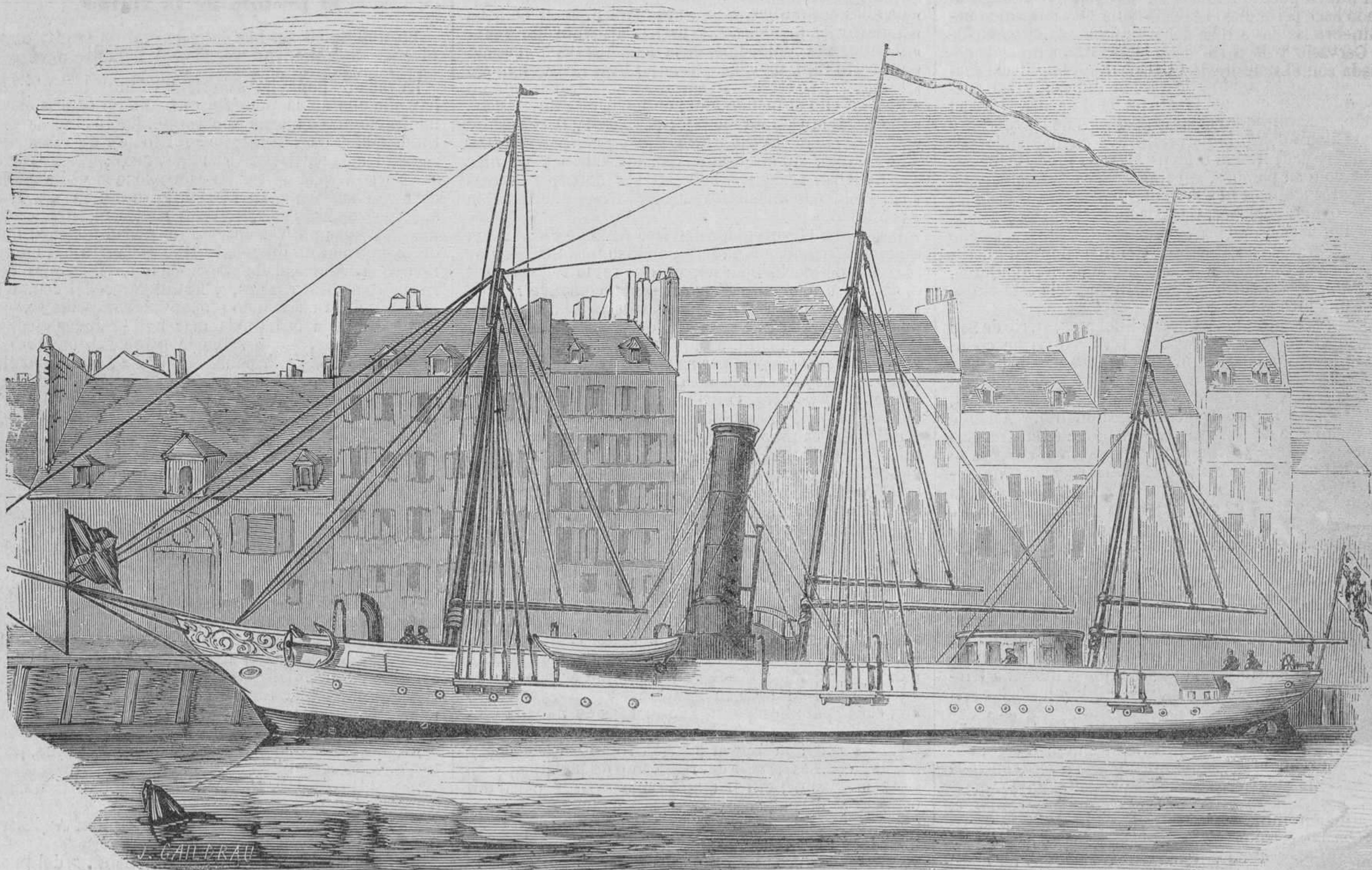
El yacht de recreo de S. M. el rey Federico Guillermo de Prusia el *Grillon*, construido en el Havre, y cuyo dibujo acompaña, forma parte de la escuadra de honor que debe acompañar al príncipe hereditario de Prusia y a su joven esposa a su salida de Inglaterra. La escolta se compondrá del yacht real *Victoria and Albert*, del yacht del almirantazgo inglés *Osborne*, y de dos navíos de línea.

El *Grillon* es un magnífico steamer de hélice construi-

do por M. Normand, del Havre, cuya reputacion como constructor se halla establecida hace ya tiempo. Botado al agua el 8 de setiembre último, este soberbio yacht no tiene aun todo lo necesario, y despues de su viaje al Norte volverá al Havre para recibir el complemento de su equipo.

El *Grillon* tiene 54 metros de largo sobre 7 metros 40 centésimos de anchura principal. Su máquina es de una

fuerza nominal de 460 caballos que puede llegar a 300; ha sido construida en Greenwich, en Inglaterra. El *Grillon* lleva tres palos de goleta. En cuanto a la denominacion francesa del nuevo yacht, este nombre le ha sido dado por el rey Federico Guillermo en recuerdo de una comedia ejecutada el año último en el teatro de Berlin. El mando del yacht real ha sido confiado al señor baron de Bothwell.



El *Grillon*, yacht real del príncipe de Prusia, construido en el Havre, por M. A. Normand.